

*A la memoria de  
Charlotte Tiffani Paéz Lesueur  
presurosa caléndula de quimeras.*



CALÉNDULAS



GONZALO PICÓN FEBRES

# CALÉNDULAS

(POESÍAS)



Secretaría de la Universidad de Los Andes  
Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico, Tecnológico,  
y de las Artes de la Universidad de Los Andes

Talleres Gráficos Universitarios

Mérida - Venezuela

2011

# CALENDULAS

*Gonzalo Picón Febres*

Edición Príncipe propiedad de la colección de Libros Antiguos  
Caminando por la ciudad del ayer  
de Luigi López

Primera edición, 1893

Segunda edición, 2011

© Secretaria de la Universidad de Los Andes  
Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico,  
Tecnológico, y de las Artes de la Universidad de Los Andes  
Talleres Gráficos Universitarios, 2011

Compilador:

Luigi López

lopezluigi@hotmail.com

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito Legal: LF2372011800794

ISBN: 978-980-11-1364-5

**En homenaje al natalicio de  
Gonzalo Picón Febres  
en sus 150 años**

Transcripción y revisión de textos:

Karelyn Buenaño

Trina López

Diseño de Portada:

César Izarra

Departamento de Arte, TGU

Diagramación:

Deyanira Uzcátegui

Departamento de Arte, TGU

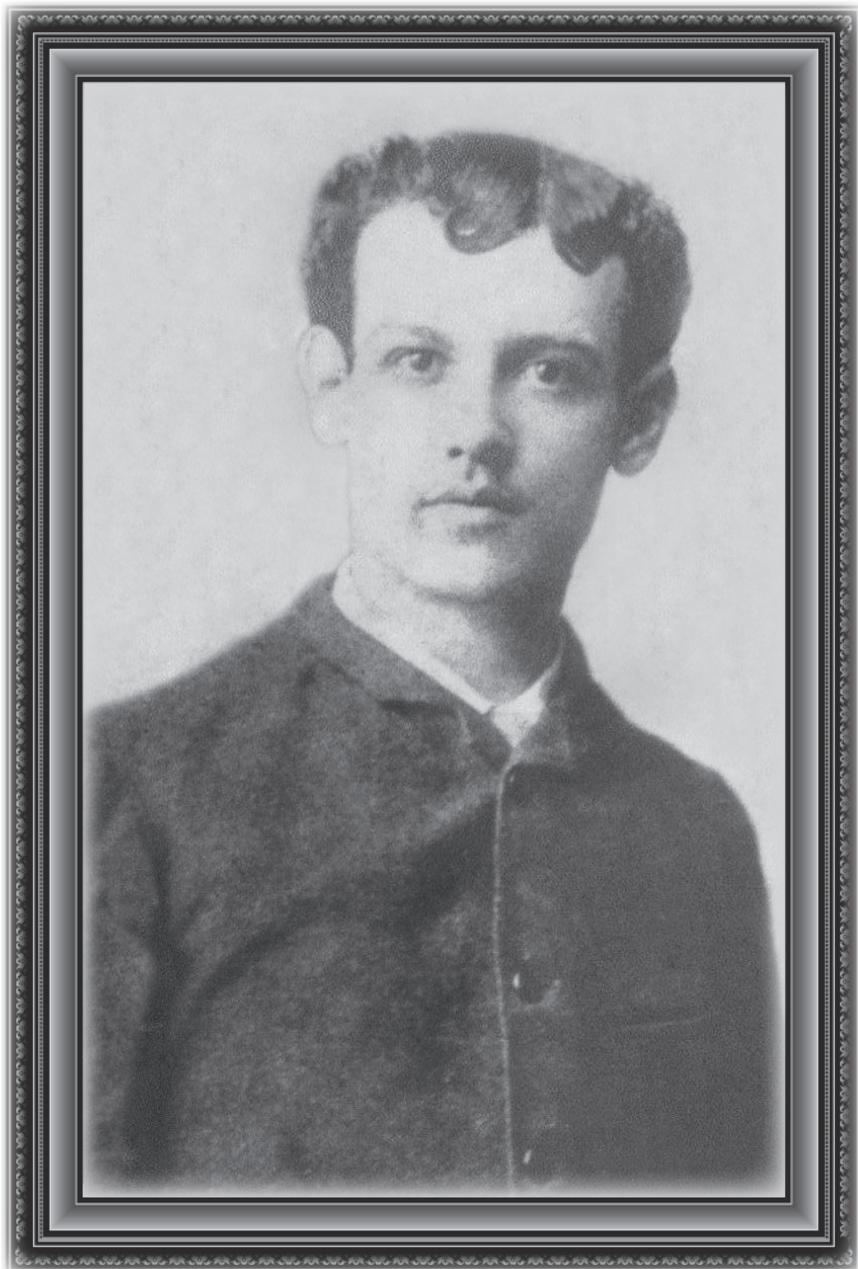
Corrección:

Ramón López

Departamento de Arte, TGU

Impresión: Universidad de Los Andes  
Talleres Gráficos Universitarios. Mérida  
talleresgraficos@ula.ve

Impreso en Venezuela / Printed in Venezuela





# *Preliminar*





## Gonzalo Picón Febres en su Sesquicentenario

Mi acercamiento a la obra de Gonzalo Picón Febres se produce cuando mi padre puso en mis manos la novela *El sargento Felipe*, que leí con interés y curiosidad. Aún recuerdo la impresión que dejó en ese muchacho el primer capítulo. Con una prosa justa, sin ripios, Gonzalo Picón Febres describe la vida en el campo; abre la historia al comenzar el día. Es un amanecer oloroso a pasto verde, a mañana fresca y sana. “Poniendo el sombrero en una piedra, se hincaba sobre el césped de la orilla, se lava la cara hasta ponérsela encendida con la frialdad del agua”. Así comienza Felipe, el protagonista, su jornada cada día. Ese helor fresco y penetrante que se encuentra en esas primeras líneas siguió en mí, cuando con otra mirada, muchos años después, le dediqué muchas horas al estudio de la obra de Gonzalo Picón Febres.

En ella se descubren retazos de esa Mérida de finales del siglo XIX; es indagar también en la crítica literaria, la historiología y en los temas filológicos. A él le debemos el primer estudio crítico e histórico sobre nuestra literatura publicado en 1906. Varias de sus obras son clásicos de obligada consulta para los investigadores: *El sargento Felipe*, *La literatura venezolana del siglo XIX*, *Nacimiento de Venezuela intelectual*. Dicen algunos entendidos que su obra no encaja en una tendencia particular; tradicionalmente se le suele ubicar en la corriente modernista, pero al decir de Lubio Cardozo, Picón Febres es el iniciador del nativismo venezolano.

Mi interés por su obra me llevó a presidir la comisión para la búsqueda y repatriación de sus restos en el año 2001. Los merideños pensaban que su tumba estaba desaparecida. El éxito del proyecto se logró dos días después de llegar a la isla de Curazao al localizar la tumba en el Cementerio Católico, ubicado al lado de la iglesia Sagrada Familia en la avenida Rodeweg, registro: D-IV-26 (sector D del cementerio, pasillo IV N° 26). Desde ese momento la Universidad de Los Andes, junto con la Academia de la Historia y la comisión comenzaron las diligencias para su retorno; sin embargo, hasta la presente fecha no se ha obtenido ninguna respuesta positiva por parte del Gobierno regional y nacional. Los restos de este ilustre merideño siguen a la espera de su regreso al país, y su ingreso al Panteón Nacional.

Este ilustre escritor nació el 10 de septiembre de 1860 en Mérida, hijo del doctor Gabriel Picón Febres, rector de la Universidad, y de María del Rosario Febres Cordero. Nieto del niño héroe, Gabriel José Picón González, y bisnieto del rey chiquito, Antonio Ignacio Rodríguez Picón, quien fuera teniente de justicia mayor, y protagonista de los sucesos del 16 de septiembre de 1810.

Luego de terminar la primera etapa de sus estudios se trasladó a la ciudad de Valencia, donde permaneció por un año. Sigue hacia Caracas, donde culmina sus estudios de bachillerato para continuar en la Universidad Central de Venezuela la carrera de ciencias políticas; la cual terminará años más tarde en Mérida.

En Caracas hace amistad con los intelectuales de la época. Famosas fueron sus tertulias en una librería del centro de la ciudad donde Gonzalo trabajaba. Para esos días colaboraba en *El cojo ilustrado* y en el periódico *La época*. Interrumpiendo sus estudios, comienza su carrera diplomática, la cual lo llevaría a varios países europeos y a Estados Unidos.

Al regresar a Mérida, se casa con Josefina Antonia Lares Paredes, e inicia su carrera política con cargos importantes en los

gobiernos del merideño Ignacio Andrade, y de Cipriano Castro. Este último se convierte en su protector; su gobierno financió la publicación de *La literatura venezolana del siglo XIX*, una de sus obras más importantes, en una edición de lujo y de gran formato. El general Castro lo envía a misiones diplomáticas a Francia, Latinoamérica y Norteamérica.

Cuando Juan Vicente Gómez asumió la presidencia de Venezuela, Gonzalo Picón Febres se encontraba en Nueva York; recibió entonces un comunicado del doctor Francisco González Guinán (el cual forma parte de mi colección de documentos) donde se le notificaba su reemplazo en el cargo de Cónsul General de Venezuela por el doctor Jacinto López, y se le agradecía la labor realizada por el país bajo el lema “Dios y Federación”.

A su regreso, y por no ser partidario de la dictadura, se retira de la vida pública a su pequeña Mérida, donde se dedica a ser profesor universitario y a escribir. Su fama en la comunidad andina de prohombre lo pone en un lugar privilegiado, donde su opinión es muy importante y respetada. Su vida transcurre entre su casa familiar (hoy ubicada en la avenida 3 con calle 18, en la esquina del famoso Kontiki) y su casa de campo Los horcones (zona Glorias Patrias), donde escribió varias de sus últimas obras.

Vuelve a salir de Mérida en 1918, enfermo. En compañía de su hijo Eduardo se dirige a la isla de Curazao (lugar donde vivía su editor Betancourt e hijos) para operarse en el hospital Elizabeth Sanatorio, novedoso y único en el Caribe por sus avances tecnológicos. No obstante, quince días después de la intervención, el 6 de junio muere.

Con la publicación de esta obra arribamos a las primeras cinco reediciones de autores merideños que a lo largo del tiempo se quedaron olvidadas en los anaqueles y no tuvieron una segunda edición. La lista es larga, esperamos que en un par de años culminar

con este proyecto, que tiene como único objetivo el rescate de la memoria intelectual de nuestros clásicos merideños.

Para la realización de esta edición queremos agradecerles el interés y el apoyo que desde el primer momento demostró la Secretaría de la Universidad, los Talleres Gráficos y el Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico, Tecnológico, y de las Artes. Sin su participación no se hubiera concretado la publicación después de 118 años, del primer poemario de Gonzalo Picon Febres. Sólo esperamos que los lectores descubran en estas páginas el género menos conocido de este merideño, y sirva de estudio y análisis.

Luigi López

Noviembre 30 de 2010

10h:19

## Prólogo

Cuando *Caléndulas* es editado en la Tipografía de Vapor Guttenberg de la ciudad de Caracas en 1893, el escritor merideño Gonzalo Picón Febres cuenta con treinta y tres años de edad. Siendo joven aún, deja traslucir en su primer poemario una madurez poética sólo justificable por su ya largo trajinar en las letras y en la vida diplomática, lo que ha de suponer, experiencias, alegrías y también desengaños; materias primas necesarias para el abordaje de lo sublime. Para la época, Picón Febres ya era un asiduo colaborador de importantes periódicos de la capital, en los que entrenaba su pluma con una fuerza e incisión poco habituales en intelectuales de su edad y de la provincia. Había vivido una primera estancia en Nueva York, ejercido como cónsul de Venezuela en Saint-Nazaire (Francia), tenía publicados *Páginas sueltas* (1889) y *Revoltillo* (1890), había fungido como canciller de la Legación de Venezuela en las repúblicas de Colombia y Ecuador (1890), y al año siguiente habría de ejercer las mismas funciones en países de Centroamérica. Además, ese mismo año (1893) publica *Fidelia*, su primer texto novelístico. Como se ha de inferir, constituye 1893 un año decisivo para su obra, porque de alguna manera marca un derrotero en su actividad creadora, tanto en prosa como en verso, y produce importantes entradas en su ya vasto recorrido como escritor e intelectual.

Cuenta *Caléndulas* con veintiocho poemas de diversa extensión y estética, producidos en su mayoría entre los años 1883 y 1893, en diversas localidades: Mérida, Caracas, Montalbán, Macuto, Nueva York y París. Son estos poemas textos de la trashumancia, en cuyo

rango tempo-espacial de una década, logran insertarse en una poética de gran caladura –con pulso firme– que buscan, más allá de la riqueza del lenguaje y su cuidada forma, contarnos una época y describir el (su) mundo de lo autóctono que ya no es ni por asomo el que nos ha correspondido conocer. Abre el autor su libro con el poema *Al desnudo* en el que son notables los silencios, el ambiente de quietud, los espacios como reflejos del pasado colonial. Este bello poema es rico en imágenes, en las que se nos muestran, como queriendo preservarlos de la inquina del tiempo, los elementos propios de la vida hogareña de entonces, tales como muebles, cortinas, mármoles y sedas. Realiza nuestro poeta una profusa descripción de ambientes, enseres y de piedras preciosas, sin las vacilaciones propias de quien se acerca a la poesía con sus primeros poemas y busca impactar desde el fondo y desde la forma. Flores y fragancias impregnan los sentidos del lector, quien se ve impelido inexorablemente a entrar a la estancia y compartir con el poeta su redomado gusto por lo propio, por lo sensorial, por lo que emana de nuestra tierra y nos hace partícipes de unas mismas raíces, y de un mismo hecho genésico. Destaca el bardo a la mujer como centro del poema, el canto a su belleza, el erotismo sutil que en sus versos se erige en espléndida poesía: “Aproximarse luego al casto nido; / desnudarse afanosa, y tras la tela / del rosado cendal con que se cubre, / sus inquietantes formas se contemplan”. Lo *parnasiano* hace su entrada a través de la exquisita sensualidad de la forma, sin que ello impida –necesariamente– que en cada texto el autor deje lo mejor de sí: su fuerza artística, su férreo talento, su aguda visión del mundo, bajo el prisma de un positivismo que se trasluce en objetividad a la hora de la descripción, de la precisión de la imagen; que se hace sublime en la medida en que la sucesión sensorial borra de la mente del lector la exactitud de la mirada, para entregarse a la belleza y entrar con plenitud a través de los sentidos. Se percibe en el poema una tensión que podríamos catalogar de “exquisita”, traducida en disímiles formas que hacen del lector de estos versos un poseso de la espera y de las ansias. Versos que, a la luz de nuestro siglo, regresan convertidos en inquietas sensaciones, en perfectos

sonidos, que con los silencios ya aludidos se conjugan en armónica esquila de la mujer deseada: que se deja amar, que se entrega en el lecho; y de ello somos testigos todos, el poeta y sus lectores.

En el poema que lleva por título *La visión blanca* hallamos también textos de amor; canto a la mujer como beldad, como sinuosidad de los contornos, como espuma blanca en franca contraposición con las largas cabelleras, que se dejan caer en cada estrofa a un ritmo acompasado y lento, como para darle tiempo a los sentidos de amoldarse a las excelsas imágenes que recibe en todo momento. Sutiles contrastes entre la noche y la piel blanca (transparente como la porcelana), dejan vagas impresiones de aturdimiento, de mezcla de sensaciones, de confusión y de artificio.

Hermosa alternancia encontramos en el poema *Historia eterna* entre la voz del poeta y la de uno de sus personajes. Percibimos en este texto dolor y amargura por parte de quien, sintiéndose dueño de un talento y de un don, la sociedad lo aparta, sin importarle cuánta haya sido su entrega, y cuáles sus posibles méritos. Percibimos al héroe caído, al forjador de libertad, ante quien cae la tiranía y, sin embargo, es avasallado por el peso del olvido. Sin duda, cruel ironía la de este texto, ya que todo creador busca la perennidad a través de su obra, y a pesar del prestigio de la palabra escrita, de su divino portento, muy pronto caemos en las neblinas de la ingrimitud de los tiempos.

Muy propio del denominado *nativismo lírico* (corriente literaria a la que se adosa nuestro autor en esta su primera entrega poética, y que se adueña poco a poco de los espacios poéticos durante buena parte del siglo XIX y comienzos del XX en América Latina y en Venezuela), hallamos el poema *Sierra Nevada*, en el que Picón Febres canta a sus montañas, a su lar nativo; describe sus paisajes, pero tal vez intuya espacios perdidos luego del devenir de los tiempos: “y dentro el pecho ansioso, / que hirió el dolor con dardo venenoso, / el imposible bien por que suspira”.

En el poema *Agua fuerte* nos topamos con lúgubres emociones (propias de los espíritus abatidos por el desengaño y por la pérdida): camposantos, chirridos de golondrinas, leyendas, dolor, tragedia, y el espanto frente a la tragedia humana. Logra el bardo auscultar el dolor sentido por una madre que lleva hasta el cementerio el cadáver de su propio hijo, y Picón Febres lo traslada al papel convertido en llanto: en llanto frente al dolor del otro, en llanto frente a su propio dolor, y quizás frente a su propia finitud. Lloramos por los otros y por sus muertes, y lloramos también frente a nuestro propio desamparo existencial.

Es el poema *Acuarela* un coro de alegres turpiales en los frondosos árboles, casonas tristes, el mar y sus colores. Reconoce el poeta en sus más gratos contornos la luz de Venezuela (énfasis puesto también por Juan Antonio Pérez Bonalde, otro grande de nuestras letras, en algunos de sus más representativos textos), sus aves, sus insectos, los sonidos de la vida, el aire salitroso que nos baña al tiempo que las aguas. Describe el bardo la alegre compañía femenina en el amanecer y en la puesta de sol. Narra el desencanto amoroso, la senda del amor perdido o desconocido al calor de la aventura, se reconoce herido y nos expresa con lúgubres versos su desengaño: “Venturas de un momento; / felicidad cruel, cuya partida / me robó la mitad del sentimiento / y arideció la senda de mi vida”.

Canta Picón Febres a *La Poesía*. De pronto el *poema* se erige en poeta y nos describe sus virtudes, nos evoca su historia, nos aclara sus porqués y sus fines estéticos (la poética del autor). Se reconoce el *poema* compañía en la soledad, pero a la vez sonido que cabalga en las tormentas, se califica de “aliento fecundo” que trasciende la finitud del cuerpo, del “misterio en la tumba”. Su poder va más allá en la Tierra y derrumba imperios y su voz es idealismo, y se hace deleite en el amor, se hace consuelo en los brazos de una lágrima y se patentiza en el hermoso cuerpo de una mujer: torbellino de ondas del océano, el mar y sus estruendos, la tristeza del poeta, las alas de blancas espumas. Bolívar y su epopeya, el pájaro que canta,

la seducción de la palabra y el aliento fragante, son entre otros, los disímiles argumentos que utiliza el autor para posicionar el verso en su mundo de relaciones. Homero, Dante, Byron, Garcilaso, Milton, Virgilio y Cervantes se pasean en estos versos para dar testimonio de permanencia, de afán por lo eterno, de deseo de un largo devenir, de anhelo de antigüedad y de novedad. Filósofos y poetas se hacen presentes para recordarnos que no en vano la poesía es lo sublime, la pregunta a nuestras respuestas, el desamor cuando tanto amamos y morimos de amor. En este poema lo arcano y la ciencia se dan la mano, y lo dialógico se nos presenta para recordarnos que la poesía es espacio de libertad, de dulces antinomias, de claras diferencias y de gratos desencuentros. La duda y la fe aparecen entonces como armas letales para la conciencia y el deseo de lo humano y como respuesta a la paradoja presente en nuestras existencias: vida y muerte, cielo e infierno, día y noche, recuerdo y olvido. No en balde nos dice Picón Febres: "...me cierno sobre las cosas, / surco el éter sonreída, / en ondas de azul vestida / salto, lloro, río y juego, / y en versos que esperan fuego / canto el himno de la vida". Cierra el bardo el verso que convoca, con lucidez no exenta de brillo, todo lo que a lo largo de este gran poema se nos propone como su poética de vida: "Yo soy esperanza, gloria, / pensamiento, melodía, / tristeza, luz, alegría, / sonrisa eterna del mundo, / germen y aliento fecundo / del Creador: -la *Poesía*".

A lo largo de varios poemas (*Luz* y *El tazón roto*, entre otros) el autor nos describe su pasión amorosa, y con ella la imagen idealizada de la mujer que ama: su cuerpo, su sonrisa, sus pupilas, sus labios, y se deslumbra (nos deslumbra) al descubrir que su musa pudiese haber servido de modelo a Murillo. Para el bardo ella es la niña sensible al canto del artista, a los versos del poeta. El poeta en todo caso reconoce a su amada en la espuma del mar, en la flor del campo, en la cascada; más su tristeza y el sollozo afloran, así como la amargura, al verla pasar indiferente frente a sus ojos y no ser correspondido. El deseo, el ardor de la pasión, las ansias del amante frente a la amada y los tenues límites entre la ilusión y el desamor, son previsibles en estos

versos. Compara el amor con un tazón de porcelana que al menor empeño (o descuido) se rompe; y con él, el encanto de lo amado, y surge entonces el dolor frente al desengaño.

Como lo expresáramos antes, y como secuelas de ese *nativismo lírico* al que los especialistas adosan parte de los textos genésicos de nuestro bardo, describe con profusión y belleza la vida de los campos venezolanos. El amor azaroso, la luna en el horizonte, los ríos, la huerta, el hogar campesino; nidos y topacios, luceros y azahares cantan un himno a la vida. Ahora bien, como deberá quedar entendido, es la mujer y el amor pasional los elementos centrales en estos poemas, disputándose la descripción lírica de la naturaleza un lugar importante, que se hace complementario en esa plenitud poética que busca Picón Febres en esta obra, en la medida en que le sirven de contexto a la doncella, a la dama y al poeta galante, para echar a andar las ilusiones y los desencuentros.

De los veintiocho poemas que componen este libro consideramos que *Fidelidad y Mi tesoro* son los menos elaborados. Se observa en ellos cierta prisa y estupefacción ante el temor que no le ahorra al bardo ensayar el texto breve, previsible, que no hace gala, como en el resto, de una lírica sublime, casi perfecta, que deja al desnudo lo que habita en sus sentidos y en su inquieto espíritu. Inserta de inmediato un hermoso poema que titula *Clair de lune* en el que rinde homenaje al gran músico de todos los tiempos, Ludwig van Beethoven (Beethowen en el texto), quien presa del horror al descubrir que la niña que amaba era ciega: “corrió a la puerta del vergel sombrío / y se perdió en la tétrica espesura”.

Leemos luego un poema extenso titulado *Batalla de las queseras del medio*, en el que el autor describe el paisaje, la atmósfera, la brutalidad del ambiente y de los hombres, en medio de las legiones encontradas en el fragor de la batalla. Realistas y republicanos miden sus fuerzas en pos de un ideal y ambos bandos dejan los campos bañados de sangre, sembrados de hombres, que en una suerte de inmolación entregan sus vidas a la causa que abrazan

ciegos y embrutecidos. La convivencia entre el parnasianismo y la realidad se hace evidente en este texto de inspiración épica, que intenta con fuerza y decisión erigir una suerte de historiografía refrendada en verso, en contraposición con los textos clásicos que narran en prosa la epopeya desde una visión unívoca, sin que se tomen en cuenta sutiles elementos que desde la poesía intentan humanizar las atrocidades de la guerra y del horror.

En *Renacimiento* volvemos de nuevo al *nativismo lírico*, que busca en este texto exaltar el ambiente y lo autóctono: el océano como receptáculo silencioso y terrible del poético mar, en cuyas aguas se baña sin perder su autonomía y su “personalidad”. El poeta exalta también en este texto (y en muchos otros) los encantos de las flores (lo vemos acentuado en la siguiente pieza del tomo: *Voz divina*). No en vano el libro lleva por título *Caléndulas*, que evoca hermosas flores silvestres muy comunes en los Andes, que guardan en silencio –no exento de orgullo– su cercano parentesco con la reina de los páramos: el frailejón. Pero el título no hace referencia a una caléndula en particular, que sea emblemática en medio de la cultura de los pueblos, sino que cae en una suerte de generalidad que intenta hacer universal su mirada desde lo local, desde lo particular. Luego regresa en *Recuerdos* a la nostalgia por el suelo patrio, a la melancolía por el “recuerdo” de la luz; otra vez el mar, las aves de calientes nidos, arenas de oro, aguas cristalinas: los olores, las palmeras, la nostalgia de algún amor de juventud. Le canta al aire, a la floresta, a los ríos, al rocío que baña cada mañana las flores, e insiste con la pasión: “Si llegas a olvidarme te desprecio/, aunque siempre te adore el alma mía”. Y cuando el poeta regresa al sitio en el que alguna vez fuera dichoso, ruedan por sus mejillas lágrimas de dolor y de amargura (ambos elementos presentes en varios poemas en este libro). Le siguen *La mariposa*, *Paisaje*, *El amanecer* y *Las mariposas*, textos de pequeño y mediano formato en los que insiste Picón Febres en la descripción de la naturaleza, en la luz que baña nuestro suelo; nos habla de los montes, de los llanos, del amor por una doncella. En fin, la consabida simbiosis amor-naturaleza

que conviven en este libro y que ya comentáramos en páginas anteriores.

El texto *La golondrina* tiene la particularidad de describir la vida de esta enigmática ave: canta sobre las tumbas solitarias, surca la inmensidad del cielo, anida en los escombros y en las ruinas. Cierra contundente: “¡Oh Dios! La imagen del poeta”. En *El llanero* describe el aspecto físico del hombre de estas regiones venezolanas: sus costumbres, la forma de vestir, el aspecto de sus ojos, lo fornido de su pecho, y rememora las glorias de su raza en la ya lejana epopeya libertadora. Luego hallamos el poema *Indecisión*, en el que las preguntas filosóficas afloran para sumergirnos cada vez más en los porqués de las penas del alma, de la búsqueda silente de la mujer amada; en las claras contradicciones y torpezas en que incurrimos cuando somos presas de la pasión amorosa: “Mas no acierto a explicarte por qué lloro / y me abruma el pesar cuando te veo: / yo quisiera decirte que te adoro, / pero el temor ahuyenta mi deseo”. En *Barcarola* muestra Picón Febres su aflicción ante la brevedad de la vida, frente a la finitud de nuestros días, para luego volver al mar, al amor, a la ilusión, y también al consabido desamor muy presente en estas páginas. Igual sucede en el texto *Amor de un día*. En *A la sombra de Víctor Hugo* le canta a su admirado poeta, y entonces su visión se hace universal, cosmopolita, se interna en los meandros de la mente humana e intenta comprender y a la vez explicarnos su grandeza: “¡tú alumbras con los rayos de tu gloria / la caudalosa fuente de los siglos!”.

En *Hojas al viento*, el último gran poema del tomo, sobresale “la eternidad de las ideas, naturaleza, verdor”, nos habla nuestro autor del “cerebro hirviente del poeta”; también de la inspiración, de los pesares, del placer, de las tumbas, de los despojos del tiempo, de las nieblas sombrías; la patria y los ideales. Aparece Luz (una mujer), y por ella su pecho suspira, por ese amor poetiza, por ella existen las ansias y la amargura. En este texto se nos cuenta de un corazón que sueña. Aparece otra dama, Isabel, y le pide con insistencia: “Sonríete, Isabel”. Luego, hace referencia a la “morenita del alma”, del lago

adormecido, a la vida sin tu amor es un tormento, y reaparece Luz, la doncella, con su forma de andar y de vestir; otra vez los pájaros, los árboles, el césped, y la pasión amorosa que no ve colmada sus ansias cuando “la zagala gentil se va corriendo, / dejándome tan solo aquí en el alma / el delicioso encanto del ensueño”.

Es *Caléndulas*, en suma, un universo de extraordinarias posibilidades estéticas, en el que convergen múltiples formas e intenciones poéticas. No vacilamos en afirmar que este libro constituye una pieza de inmenso valor literario, así como académico y para la investigación filológica, por supuesto. Asombra, eso sí, el olvido a que fuera condenado durante más de un siglo (117 años, exactamente), y que sea hoy –por las extraordinarias diligencias del profesor Luigi López, hacedor de la cultura merideña– cuando sale al público una cuidada segunda edición a través del Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico, Tecnológico, y de las Artes, Secretaría de la Universidad de Los Andes, y los Talleres Gráficos de la Universidad de Los Andes.

A partir de este momento en que se entrega al país este delicioso poemario, dejará de ser un raro “objeto” de atención por parte de un minúsculo grupo de “iniciados” en las tareas literarias e investigativas, y pasará a las manos de las nuevas generaciones de merideños y de venezolanos, que sabrán apreciar –como ocurrió en su momento– la calidad del trabajo poético de ese portento humano, intelectual y creador que se llamó Gonzalo Picón Febres.

Ricardo Gil Otaiza

Profesor Titular de la Universidad de Los Andes. Narrador, poeta, ensayista, articulista, antólogo y biógrafo de Tulio Febres Cordero.

Mérida, octubre de 2010





## *Al desnudo*

*A José Gil Fortoul<sup>1</sup>*

Reina el silencio en la tranquila estancia,  
arde el vivo quinqué sobre la mesa,  
refléjase la lumbre en los cristales  
y en los dorados marcos centellea.

Las cortinas del lecho, por lo blancas,  
se ven lucir cual matutinas nieblas,  
y en los muebles resaltan las molduras  
con el vario esplendor de sus riquezas.

En el nogal de cómoda suntuosa  
el enchapado artístico se ostenta,  
y brillan en los mármoles, estuches  
de verde raso y de purpúrea seda.

Guárdanse en ellos joyas primorosas  
de zafiros, diamantes y turquesas;  
junto al collar de perlas y amatistas,  
las de rubíes fúlgidas pulseras.

En un jarrón de Sevres, los narcisos,  
los jeranios, las rosas y gardenias,  
perfuman el ambiente de la estancia  
con el tibio frescor de sus esencias.

Es de Persia el tapiz, el pie se hunde  
en la mullida alfombra pintoresca,  
y en los estucos del *plafond*, el arte  
mostrando está su inspiración soberbia.

Sobre el risueño tocador se miran  
las de fino cristal, blancas botellas,  
recamadas de límpidas labores  
y de perfumes del Oriente llenas.

Sentada en un diván, y sumergida  
en el sopor de dulce somnolencia,  
sonríe una mujer en cuyos ojos  
resplandece el fulgor de las estrellas.

Lleva en los pies pantuflos carmesés;  
ancha túnica viste color crema,  
y un inmenso brillante estalla en chispas  
en la pompa triunfal de sus guedejas.

No tiene par su espléndida hermosura;  
jamás se vio mujer más linda que ella;  
pidiendo están un cetro aquellas manos,  
y corona imperial su frente egregia.

---

De pronto se incorpora, y á la lumbre  
de la bronceína lámpara se acerca;  
desdobla entre sus dedos una carta,  
y la relée con íntima paciencia.

Aproxímase luego al casto nido;  
desnúdase afanosa, y tras la tela  
del rosado cendal con que se cubre,  
sus incitantes formas se contemplan.

Súbese al punto al lecho perfumado,  
radiante de emoción, la rica hembra;  
suelta la negra cauda de sus rizos,  
y sumerge entre blondas la cabeza.

El apretado muslo es nieve y rosa,  
peregrinos contornos las caderas,  
mórbida redondez la pantorrilla,  
y el seno dos palomas que se besan.

¡Sublime desnudez, lumbre sagrada  
que al genio inspira en su triunfal carrera:  
reminiscencia dulce del divino  
casto idéal de la hermosura griega!

¡Sublime desnudez, donde la carne  
los goces del amor con ansia espera,  
famélica de frases que la arrullen  
y de encendidos ósculos sedienta!

Al aire el blanco seno, donde el alba  
dos corolas dejó de rosas frescas,  
en su rubio doncel piensa la hermosa,  
de fuego henchida y de esperanzas llena.

Su corazón se expande de alegría,  
hierve la roja sangre en sus arterias,  
se estremece su cuerpo, y en sus ojos  
las juveniles ansias reverberan.

Y en tanto que se duerme, acariciada  
por los vivos encantos con que sueña,  
refléjase la luz en los cristales  
y en los dorados marcos centellea.

*Caracas, 1892*





## *La visión blanca*

*A Julián del Casal<sup>2</sup>*

Entre encajes de nieblas color de oro  
y explosiones de lumbre color de grana,  
vaporosa, risueña, casta, divina,  
de improviso aparece la visión blanca.

Viste cendal de gasa como la espuma,  
diamantinos fulgores son sus miradas,  
y el cabello desciende cual negra tromba  
por la rósea blancura de sus espaldas.

Sobre finos brocados sus pies caminan  
con majestad espléndida y soberana,  
y en sus manos espiran ricos perfumes  
dos triunfales manojos de rosas blancas.

Al través de la gasa muestran sus formas  
redondeces que brillan como la nácar,  
virginales contornos de estatua griega  
y sutil transparencia de porcelana.

Cual radiantes joyeles de pedrería  
en torno suyo giran en ronda alada,  
mariposas purpúreas como rubíes  
y libélulas verdes como esmeraldas.

Blancas pomos de nieve fingen sus pechos,  
en cuyas cimas vierten dulce fragancia  
dos capullos ardientes como la aurora,  
dos divinas lisonjas de la mañana.

Regio nimbo de estrellas arde en su frente  
puras son sus mejillas como alboradas,  
y con tibios fulgores color de luna  
ilumina los cielos por donde pasa.

De los limbos del sueño surge lumbrosa  
casi todas las noches la imagen blanca:  
ilusión inefable que nunca muere  
en los senos recónditos de mi alma.

Oloroso joyero de perlas finas  
es su límpida boca, de donde manan  
remembranzas queridas que siempre ríen  
y promesas de dicha que nunca acaban.

Al mirarla mis ojos, todos los sueños  
voltejean, murmuran, brillan y saltan,  
como chispas de oro sobre mi frente,  
como besos de lumbre sobre mi alma.

---

Su corazón me llama con impaciencia  
y es triste su sonrisa como una lágrima;  
pero en sus ojos arden eternamente  
los risueños fulgores de la esperanza.

¡Oh imborrable recuerdo de horas felices,  
oh consuelo sublime de horas amargas,  
vuélve, vuélve á arrullarme todas las noches  
con la música ardiente de tus palabras!

*Caracas, 1892*





## *Historia eterna*

*À Rubén Darío*<sup>3</sup>

Era un café destartalado y sucio,  
asqueroso y hediondo hasta dar grima,  
donde perennemente se escuchaba  
de la embriaguez la destemplada grita.

Era de noche: en la pared oscura  
la escasa luz de un reverbero ardía,  
y en el cielo brillaban las estrellas  
como un millón de fúlgidas pupilas.

El viejo entró con vacilante paso,  
y en la expresión de su mirada altiva  
se vió temblar la chispa del talento  
más brillante que el sol del mediodía.

Blanco el cabello, espléndidos los ojos,  
demacrada la faz, la frente erguida,  
y en la dulce expresión de su semblante  
las huellas del dolor y la desdicha.

Pidió un vaso de ajenjo, y tembloroso  
metióse en un rincón de la pocilga;  
se nublaron sus ojos de amargura  
y se pusieron blancas sus mejillas.

Y comenzó a beber, y al par que afuera  
resonaba confusa gritería,  
el venerable anciano meditaba  
en el hondo pesar de su desdicha.

“Yo siento palpitar en mi cerebro  
del ingenio creador la lumbre viva,  
y sé pulsar con mágica dulzura  
las melodiosas cuerdas de la lira.

“Mi entendimiento es urna primorosa  
que contiene inmortal sabiduría,  
y de mi pecho brotan á raudales  
fragantes versos é inefables rimas.

“Al sonoro rumor de mi elocuencia  
la libertad se encanta y regocija,  
se estremecen los pueblos de entusiasmo  
y tiemblan de pavor las tiranías.

“Mi prestigioso nombre es una gloria  
para esta patria espléndida y querida;  
mi palabra, la flor de la hermosura,  
y un derroche de luz mi fantasía.

“Pero entre tanto, el vulgo me desprecia,  
la sociedad me vé con torpe inquina,  
se burla el industrial de mis dolores  
y me hieren los necios con su envidia.”

Dijo, y al punto en lágrimas ardientes  
el llanto resbaló por sus mejillas:  
llanto que se mezcló con el ajeno  
que la mugrienta copa contenía.

Y al par que el pobre viejo así pensaba  
oculto en un rincón de la pocilga,  
sin saberlo quizás, aquel brevaje  
de lágrimas y ajeno se bebía.

*New York, 1891*





## *Sierra Nevada*

Vestida eternamente  
de caprichosa y vívida esmeralda;  
vertiendo de tu falda  
las cristalinas aguas de la fuente;  
de plantas llena y de silvestres flores  
que pinta el sol de espléndidos colores,  
y besan auras frías  
hinchidas de fragancias y armonías;  
la frente coronada  
de formidables témpanos de hielo,  
donde sonrío alegre la alborada,  
se regocija el resplandor del cielo,  
sus cenicientas plumas  
descoje el aire el cóndor atrevido,  
y truena entre relámpagos y brumas  
la tempestad con hórrido estampido;  
surcada por torrentes bramadores  
y turbios manantiales  
que en pardas rocas quiebran sus cristales,  
y pueblan de rumores  
al prado, al bosque, al valle y sus alcores;

sintiendo el ronco arrullo  
que brota del soberbio ventisquero,  
o el plácido murmullo  
con que la brisa en la arboleda umbría  
del sol saluda el rayo postrimero;  
bella como la virgen poesía,  
radiante como el día  
y cual la gloria hermosa y encumbrada,  
te levantas, gentil, Sierra Nevada.

Pirámides de oro y de diamante  
ó auréolas de púrpura brillante  
semejan esas cúpulas de nieve  
que acaricia en tu cumbre el aura leve,  
según que luzca en ellas  
el reflejo sutil de las estrellas,  
la intensa luz de la rosada aurora  
ó el pomposo esplendor del mediodía.  
El ave cantadora  
vierte su deliciosa melodía  
al borde de tus tétricos barrancos,  
y sus plumajes blancos,  
y su raudal de perlas y de plata  
deja caer la hirviente catarata  
de tu declivio en el profundo seno,  
con el grandioso estrépito del trueno.

Sentada sobre moles de granito  
te levantas del suelo á lo infinito;  
escuchas el concierto

---

de los orbes que pueblan el espacio;  
de aljófares cubierto  
y de fulgentes chispas de topacio,  
ostentas tu follaje;  
y en medio del salvaje  
silencio que domina en tu espesura,  
oyes rodar desde tu inmensa altura  
del puma enfurecido  
el trémulo bramido,  
ó el rumor del alud que en transparentes  
masas de limpia y virginal blancura,  
resbala por tus ásperas vertientes.

Después que las ruidosas tempestades  
te iluminan con breves resplandores,  
y henchidas de furoros  
asordan tus incultas soledades;  
después que las del aire negras nubes  
desbordan en tu frente  
de sus aguas el límpido torrente,  
y genios, hadas, silfos y querubas  
van sembrando de puntos luminosos  
del cielo azul los senos misteriosos,  
¡qué bello es contemplar sobre tu falda  
de vívida esmeralda,  
la blanca luz del véspero que asoma  
sobre el perfil de la contraria loma,  
ó dulce cual ninguna  
la claridad serena de la luna!

Entonces el poeta  
posa en tus nieves la mirada inquieta,  
y con ardiente anhelo  
trepar quisiera á tu desierta cumbre,  
para sentir allí, cerca del cielo,  
del sol bañado en la fulgente lumbre,  
y escuchando el rumor con que se lanza  
de su alto origen cristalina fuente,  
en el alma brotar nueva esperanza,  
juveniles ensueños en la mente,  
inspiración en la olvidada lira,  
y dentro el pecho ansioso,  
que hirió el dolor con dardo venenoso,  
el imposible bien porque suspira.

*Mérida, 1889*





## *Agua fuerte*

*Al Manuel Gutiérrez Nájera<sup>4</sup>*

Las campánulas rojas, frescas y limpias,  
se ven cubrir las tapias del camposanto;  
la casa de los muertos triste blanquea,  
y vierte el sol su lumbre desde el ocaso.

Allá adentro las rosas y los claveles  
se columpian festivos junto á los nardos;  
enguirnaldan los mármoles de las tumbas,  
y á los céfiros brindan su polen áureo.

Chirrían en las tapias las golondrinas;  
hay sepulcros que brillan como alabastro;  
las leyendas emergen chispas de oro,  
y las verjas ostentan frondosos ramos.

En los cielos rutilan rayos de incendio;  
las madreselvas ríen en los cercados,  
y en las quiebras abruptas de las colinas  
hay rumor de arroyuelos y escarabajos.

Una pobre muchacha, cuasi harapienta,  
al repuesto recinto se acerca en tanto,  
conduciendo en el hombro, flaco y desnudo,  
una urnita de cedro forrada en blanco.

Desgreñado el cabello, pálido el rostro,  
el pórtico traspasa deshecha en llanto;  
en la cripta coloca la blanca urna,  
y lanza un grito agudo, desesperado.

La fría tierra cae con sordo estruendo  
en el hueco sombrío, profundo y trágico;  
la férrea puerta cruje, vibra el cerrojo,  
y la madre se aleja muda de espanto.

Allí adentro se quedan sus ilusiones,  
olorosos capullos del verde Mayo,  
sin color, sin fragancia, sin luz ni vida,  
en una tumba humilde del camposanto.

De aquella dulce historia de sus amores  
quedan sólo en su alma recuerdos caros;  
un montón de cenizas de flores muertas,  
y las hondas tristezas del desengaño.

¡Soledad! Anochece. La blanca luna  
con destellos de oro pinta los campos;  
en los aires se escuchan revoloteos,  
y el cielo azul se puebla de rubios astros.



## *Acuarela*

*ALuz*<sup>5</sup>

Es la estación florida,  
la sublime estación de los amores,  
la fúlgida estación en que la vida  
en las almas renace y en las flores.

Manojos virginales  
de entreabiertos botones y capullos,  
ostentan sus diademas imperiales  
entre inefables ósculos y arrullos.

Los regios clavirrosos  
alegran el contorno de la aldea,  
húmedos cual tus labios voluptuosos,  
donde el matiz del alba centellea.

Cada árbol es un coro  
de turpiales que cantan alegrías;  
cada floresta un pabellón de oro,  
y cada bosque un trueno de armonías.

Radiantes de hermosura,  
y empapadas de sol cual la mañana,  
las campánulas muestran su frescura  
sobre la reja azul de la persiana.

En la ventana abierta  
se posan las locuaces golondrinas,  
y llenan la mansión triste y desierta  
con sus agudas voces cristalinas.

La recia escalinata,  
en cuyas gradas hay vívidas rosas,  
esplende al sol cual reluciente plata,  
vestida de hojas verdes y olorosas.

Sobre el ruinoso muro  
se contempla lucir la enredadera,  
cuyo espeso follaje verde oscuro  
regalo eterno es de primavera.

En torno la campiña,  
deslumbrante de eglógicos verdes,  
parece sonreír como una niña  
ante el coro triunfal de sus amores.

Enfrente el mar retrata,  
en cada glauca onda atronadora;  
del sol de ocaso el brillo de escarlata  
y el resplandor soberbio de la aurora.

---

Allí los limoneros  
se enguirnaldan de blancos azahares;  
cantan cosas divinas los jilgueros,  
y se escucha el rumor de los palmares.

Allí todo es hermoso;  
el gorgojo, la luz, la flor y el nido,  
el insecto voltario y caprichoso  
y el esplendor del césped verdecido.

Allí mi encanto era  
por la orilla del mar siempre seguirte,  
andar sobre tus huellas por doquiera,  
y quererte, y amarte, y bendecirte.

Al despuntar la aurora,  
recoger tu sonrisa en la ventana,  
oír tu fresca voz arrulladora  
y contemplar contigo la mañana.

Al declinar el día  
allá tras los confines de la esfera,  
decirte muchas veces: ¡alma mía!  
y acariciar tu negra cabellera.

Y al trueno de las olas  
con que retumba en torno el océano,  
por los huertos vagar, juntos y á solas,  
cogidos á hurtadillas de la mano.

¡Venturas de un momento;  
felicidad crüel, cuya partida  
me robó la mitad del sentimiento  
y arideció la senda de mi vida!

*Caracas, 1892*





## *La poesía*

Existe en cuanto vive, en cuanto ha muerto  
sin que jamás sucumba:  
es pasmo en la grandeza del desierto,  
recuerdo en lo que ha sido ó se derrumba,  
fervor ante el altar del santuario,  
gran problema en la tumba  
y doloroso drama en el calvario.

*José Velarde*<sup>6</sup>

Cerco de luz palpitante  
que sonríe entre los velos  
del alcázar de los cielos  
como encendido brillante;  
y en el pabellón flotante  
de oro y azul del espacio,  
fulguración de topacio  
que alumbrá, incendia ó calcina,  
yo soy la luz que ilumina  
de lo infinito el palacio.

Yo levanto en la memoria  
los recuerdos de Granada,  
de aquella tierra hechizada

por el ángel de la gloria;  
y evoco al mundo la historia  
de aquellos serenos días  
que entre danzas y armonías  
y entusiasmo y alborozo,  
dieron á la mente gozo  
y al corazón alegrías.

Recorro de luz sedienta  
las etéreas soledades;  
cabalgo en las tempestades  
con ansia loca y violenta;  
sobre la mar turbulenta  
descadeno el torbellino;  
del ingenio peregrino  
soy el aliento fecundo,  
y pregonera en el mundo  
del pensamiento divino.

Yo soy misterio en la tumba,  
voz titánica en la ciencia,  
y estridor en la elocuencia  
que los imperios derrumba;  
y en tanto que el viento zumba  
del procaz materialismo,  
me cierno sobre el abismo  
como señal de consuelo,  
y bordo con luz del cielo  
la cumbre del idealismo.

---

Con el manantial sonoro  
yo resbalo dulcemente,  
y brillo del sol naciente  
con los reflejos del oro;  
y al no concertado coro  
de las aves de la umbría,  
en torrentes de armonía  
canto alegre mis amores,  
á los primeros fulgores  
del astro que anuncia el día.

Soy en el duelo el gemido  
y el deleite en el amor,  
la rica esencia en la flor  
y el alborozo en el nido;  
en la música el sonido,  
en la madre la ternura,  
la luz eterna en la altura,  
la eterna sombra en el suelo,  
en la lágrima el consuelo  
y en la mujer la hermosura.

Yo soy llama descendida  
de los millares de soles  
que entre rayos y arboles  
alumbran la eterna vida;  
hermosa flor desprendida  
del jardín del firmamento,  
que en el azul pavimento

de los lagos se retrata,  
cual mariposa de plata  
que besa lánguido el viento.

Yo soy vibración que brota  
del silencio, y lenta espira,  
como de armoniosa lira  
la dulce y trémula nota;  
torbellino que alborota  
las ondas del océano,  
y en su bramar soberano  
sacude al mar de la idea,  
donde la luz centellea  
del entendimiento humano.

Yo me duermo en las espumas  
que acarician las riberas;  
me columpio en las esferas  
envuelta en rosadas brumas;  
con alas de blancas plumas  
cruzo el piélago sombrío;  
de los astros del vacío  
escucho el himno sonoro,  
y encierro en urnas de oro  
los diamantes del rocío.

Con la virgen primavera  
luzco ufana en los alcores,  
y doy al campo las flores

---

de su fértil cabellera;  
de la indócil batelera  
palpito en la barcarola;  
en la fuente oculta y sola  
parezco cinta de plata,  
y resplandor de escarlata  
en la luciente amapola.

Soy el doliente balido  
que exhala mustia la oveja,  
y la temblorosa queja  
del poeta entristecido;  
y al destello enrojecido  
que el sol vierte al espirar,  
oigo solemnes rodar  
por los ámbitos del cielo,  
las roncas voces del suelo  
con los estruendos del mar.

Por mí, con su heroico brazo,  
Bolívar clavó altanera,  
de los libres la bandera  
sobre el azul Chimborazo;  
y calcinó el férreo lazo  
que á dos gigantes unía;  
y en lucha cruenta y sombría  
cubrió dos mundos de gloria,  
para inscribir en la historia  
su pujanza y bizarría.

Y al estruendo de sus dianas,  
y al rumor de sus corceles,  
se vistieron de laureles  
las selvas americanas;  
y á las cadencias ufanas  
que el clarín vierte al sonar,  
miró del caos brotar  
como sonrisas de amor,  
de *Colombia* el esplendor  
y su renombre sin par.

Y con su ronca armonía  
los dos colombianos mares,  
sus prodigios militares  
ensalzaron á porfía;  
y del norte al mediodía  
retumbaron sus cañones;  
y entre rayos y turbiones  
venció por fin al ibero,  
con la lanza del llanero  
y al correr de sus bridones.

Yo soy pájaro que canta,  
blanda cítara que llora,  
libélula arrulladora  
ó irisación que abrillanta.  
Mi voz seduce y encanta;  
música es mi pensamiento;  
fragancia de tibio aliento

---

mi ternura inagotable,  
y amor inmenso, inefable,  
lo que busco y lo que siento.

Soy en Píndaro grandeza  
y en Homero luz radiante,  
rayo que incendia en el Dante  
y en el Petrarca belleza;  
en Byron honda tristeza,  
en Garcilaso alborada,  
en Milton luz increíble  
y sentimiento en Virgilio,  
en Longfellow eterno idilio  
y en Cervantes carcajada.

Con Shelley dudo y maldigo,  
con el Ariosto deslumbro,  
con Tasso el cielo vislumbro  
y con Lucrecio investigo.  
Con Heine rabio y castigo,  
con Leopardi me agiganto,  
en Lamartine soy encanto  
y en Voltaire pasmoso ariete,  
cual vivo sol brillo en Goethe  
y en Musset me ahoga el llanto.

Tierna soy como el amor,  
versátil como el deseo,  
y más dulce que el oreo

que el aura vierte en la flor.  
Alcázar deslumbrador  
tengo en la concha marina;  
en el rruiseñor que trina  
soy melancólico déjlo,  
y eternamente me quejo  
con la errante golondrina.

La libertad es mi esencia,  
el sentimiento mi guía,  
mi atmósfera la armonía  
y la inspiración mi ciencia.  
En mi loca omnipotencia  
busco lo ignoto, lo arcano;  
con mi acento soberano  
niego, afirmo, dudo ó creo,  
y siempre ¡oh Dios! centelleo  
en el pensamiento humano.

Y entre besos, mariposas,  
gritos, blasfemias y orgías,  
joyeles, argenterías,  
chispas, espumas y rosas,  
me cierno sobre las cosas,  
surco el éter sonreída,  
en ondas de azul vestida  
salto, lloro, río y juego,  
y en versos que espiran fuego  
canto el himno de la vida.

Perla de luz brilladora  
yo bajo en dormido vuelo  
de los palacios del cielo  
con los besos de la aurora;  
y al caer deslumbradora  
sobre el dorso del planeta,  
la inspiración del poeta  
bebe ansiosa mis fulgores,  
como el iris los colores  
de la cárdena violeta.

Yo soy verbo en la oratoria,  
sublime nota en el verso,  
el alma del universo  
y la justicia en la historia.  
Yo soy esperanza, gloria,  
pensamiento, melodía,  
tristeza, luz, alegría,  
sonrisa eterna del mundo,  
germen y aliento fecundo  
del Creador:—la *Poesía*.

*Caracas, 1884*





## *Luz*

En vano, en vano describirla ansío  
con el suave fulgor de su hermosura:  
*ella* tiene el encanto del rocío  
que el alba vierte en la arboleda oscura.

Es preciso mezclar en la paleta,  
con la luz de la tarde brilladora,  
el esquivo color de la violeta  
y las rosadas tintas de la aurora.

¿Es acaso ilusión, ensueño acaso,  
irisado vapor que al cielo sube,  
se viste con la púrpura de ocaso  
y se convierte en encendida nube?

¿Es acaso fulgor, cinta de fuego,  
aparición fantástica ó divina,  
lirio que brota y se marchita luégo  
al soplo de la brisa vespertina?

---

Es una dulce niña en cuya frente  
como destello caprichoso arde  
aquel rayo de luz que tristemente  
palpita en el semblante de la tarde.

No enloquece, ni arrastra, ni seduce;  
es belleza que encanta y enagena:  
en medio de las flores *ella* luce  
con la casta beldad de la azucena.

En sus palabras bulle el sentimiento,  
se estremece el amor en su sonrisa,  
y en las vivaces notas de su acento  
se perciben los ecos de la brisa.

Y el divino esplendor que se derrama  
de sus pupilas bellas, seductoras,  
es la viviente, la encendida llama  
donde beben su luz nuestras auroras.

Vierten sus labios celestial consuelo  
y sus miradas dan plácido brillo:  
*ella* hubiera servido de modelo  
para pintar sus vírgenes Murillo.

Su hablar cautiva, su reír encanta,  
es pura cual la tímida corola,  
y su seno se humilla y se levanta  
como del mar la enardecida ola.

En un rayo de luz pudiera *ella*  
atravesar la inmensidad sombría,  
semejar en el éter blanca estrella  
y los cielos henchir de poesía.

No es de los campos la soberbia rosa,  
ni la vívida púrpura de oriente,  
sino la inquieta y grácil mariposa  
que se columpia al borde del torrente.

Es el botón que el pudibundo broche  
despliega en el tapiz de la pradera;  
es la perla de luz con que la noche  
engalana su fértil cabellera.

Algo idéal colúmbrase en su vista,  
tiene la sencillez de la violeta,  
la conmueven los cantos del artista  
y llora con los versos del poeta.

En las alas del viento ser podría  
la esquiva esencia de la flor salvaje,  
el eco de nocturna melodía,  
ó del éter azul blanco celaje.

Y en el grupo de ninfas con que torna  
sobre alado corcel la primavera,  
la que de rayos vívidos exorna  
al genio de las flores, *ella* fuera.

---

La inspiración del genio la cautiva  
y el ajeno quebranto la enternece:  
es una hermosa y tierna sensitiva  
que de todo suspira y se estremece.

Le place la quietud de los parajes  
donde la agreste soledad convida  
á soñar entre arroyos y boscajes  
los risueños encantos de la vida.

Le placen los destellos con que arde  
el claro cielo al fenecer el día,  
los ecos moribundos de la tarde  
y de las hojas secas la armonía.

Yo la he visto, la he visto en mis ensueños  
coronando mi sien de resplandores,  
y esmaltando de cármenes risueños  
la triste soledad de mis dolores.

La he visto descender del alto cielo  
con el primer albor de la mañana,  
y remontarse en atrevido vuelo  
sobre arreboles de luciente grana.

La he visto aparecer en la laguna  
que pinta el sol con ráfagas de oro,  
besar mi frente al rayo de la luna  
y recoger las lágrimas que lloro.

Y del insecto en el voluble giro,  
en la espuma, en la flor, en la cascada,  
no sé por qué será –pero yo miro  
su encantadora faz multiplicada.

Por eso entre las sombras la persigo  
y afanoso camino en pos de *ella*  
y en silencio la adoro y la bendigo,  
y de incógnito voy tras de su huella.

Por eso al encontrarme ante sus ojos,  
y al respirar su embalsamado aliento,  
se despiertan en mí nuevos antojos  
y se viste de luz mi pensamiento.

Mas en vano la encuentro en mi camino,  
y la sigo doquier con ansia loca,  
para templar mi sed de peregrino  
en la serena fuente de su boca.

Y en tanto que *ella*, trémula de gozo,  
ostenta por el mundo su hermosura,  
la contemplo pasar, vierto un sollozo,  
y devoro en silencio mi amargura.

Caracas, 1884





## *El tazón roto*

*À Manuel Revenga<sup>7</sup>*

En el amplio jardín de rosas lleno  
se columpia la flor inmaculada,  
ostentando su pompa y gentileza  
en el rico tazón de porcelana.

En torno de ella, espléndida y hermosa,  
salta, juega y sonrío la zagala,  
ardiendo el albo seno en el divino  
regalado placer de la esperanza.

Anochece. Al morir, el sol rojea;  
huele el jardín á espliego y mejorana;  
hay quietud en el bosque, y armonías  
en las gárrulas rojas de esmeralda.

De improviso la niña se desploma  
sobre el verde tapiz de la sabana,  
y el bizarro doncel, con hondo anhelo,  
desde la puerta del jardín exclama:

—Si me das esa flor, dulce amor mío,  
yo en cambio te daré toda mi alma.  
¡Dame la flor que cuidas, niña hermosa:  
dámela, por piedad, linda zagala!

—¿Flores, mi bien? ¡Son tantas las que cuido,  
que no acierto á pensar en la que amas!  
¡Yo tengo muchas flores que me envían  
en sutiles efluvios sus fragancias!

Tulipanes soberbios, albos lirios,  
campanillas azules, rojas dalias,  
amapolas, jacintos y gardenias,  
y en espléndidos grupos rosas blancas.

—Ninguna de esas es la flor que pido—  
interrumpe el doncel con triste calma.  
¡La que yo quiero, niña, es la que tiembla  
en el rico tazón de porcelana!

—¡No es tan fácil cogerla! —con un beso,  
si lo quisieras tú, yo la tomara:  
con un beso inefable en que sintieras  
todo el ardor del corazón que ama.

—¿Y si no puedes, dí? ¿Si es imposible  
romper los duros hierros de mi jaula?  
—Para coger la flor de mis ensueños  
¿qué me importan a mí broncíneas vallas?

Dice el doncel, y loco, enardecido  
por el vivo calor de sus palabras,  
la férrea puerta salta en un segundo  
en alas del amor y la esperanza.

Mas antes de coger la flor divina,  
besa los rojos labios de su amada,  
el vino del placer bebe en su boca,  
y con delirio férvido la abraza.

—¡Ay, ay, mi bien, por Dios! —grita la niña.  
—Amor mío, ¿qué es? —el mozo exclama.  
—¡Que me haces mucho daño con tus besos  
y con la ardiente luz de tus miradas!

—¡Me prometiste, oh Dios!... —¡Es verdad, pero...  
—¿Pero qué, dulce bien? —¡Que yo pensaba  
que era fácil coger la flor divina  
sin romper el tazón de porcelana!

*Caracas, 1892*





## *Del natural*

Huyendo va la lumbre hacia Occidente,  
y apenas dora ya con sus fulgores  
las irisadas nubes que en Oriente  
agitan sus penachos de colores.

El espumoso y bullidor torrente  
se escucha burbujear en la espesura:  
el aura blanda sopla, y de frescura  
inunda dulcemente la floresta:  
la gente campesina  
desciende en tanto la escarpada cuesta;  
y al par que en la colina  
sobre el hojoso arbusto el mirlo canta  
con indecible anhelo,  
la inmensidad del cielo  
de fúlgidas estrellas se abrillanta.

Muge la vaca en el establo: el toro  
rebrama sordamente por la vega:  
junto á la huerta el recental dormita:  
cabe la margen del raudal sonoro  
la humedecida flor sus hojas pliega:

---

á la nocturna cita  
acude el rondador enamorado;  
y al par que la doncella  
le aguarda tras las piedras del cercado  
para entablar con él dulce querella,  
asómase la luna al horizonte;  
ilumínase el prado, el valle, el monte;  
en los alegres corros de la aldea  
la botella de ajeno se vacía,  
y al són de la guitarra que rasguea  
con dócil mano y déjo que alborozaba,  
canta á la puerta de la indiana choza  
el payador su tierna poesía.

De azules campanillas coronada,  
y de narcisos y entreabiertas rosas,  
en huertos, monte, cúspide y cañada  
la eterna primavera  
desparce sus fragancias olorosas.  
Del río en la ribera  
la luciérnaga brilla un solo instante:  
se percibe el andar del caminante  
por las oscuras vueltas del sendero:  
ladra el mastín con ímpetu altanero:  
con déjo prolongado  
el gallo canta en el corral vecino;  
y allá, tras el sembrado que negrea,  
la ardiente llama del candil rojea  
en el humilde hogar del campesino.

Con lento paso el cauteloso arriero  
camina ya la postrimer jornada  
al claro són de la vibrante esquila;  
y con silbar agudo y placentero  
conduce por la senda á la manada,  
que baja el cerro en numerosa fila.  
Detrás de la llanura en que herbajea  
el gordo buey con tardo movimiento,  
el rancho escueto del pastor blanquea:  
henchido de ternura y sentimiento  
suena el vivo coplear de la aldëana  
en la abierta extensión de la sabana;  
y bulliciosos grupos y corrillos,  
donde circula el vaso de aguardiente,  
formando va la campesina gente  
en torno á los alegres ventorrillos.

Como diáfano tul de desposada  
se ve caer del monte la cascada:  
sobre la erguida cumbre  
brillan a la par los témpanos de hielo  
bañados por la lumbre  
que derraman los astros desde el cielo:  
en alas de los vientos voladores  
cruzan sutiles el inmenso espacio  
las indecisas notas de los nidos  
y las ricas esencias de las flores:  
flotan en luz de fúlgido topacio  
los árboles del soto verdecidos:

---

sus níveos azahares  
ostentan los tupidos limoneros  
á la vívida luz de los luceros;  
y en bosques de palmares  
el errabundo céfiro suspira  
como las blandas cuerdas de una lira.

Hay en el campo trémulos rumores  
y en el azul del cielo resplandores.  
Naturaleza, en tanto, enardecida  
con el perfume ardiente de las rosas,  
en notas vagas, dulces y armoniosas  
está cantando el himno de la vida.

*Mérida, 1890*





## *Fidelidad*<sup>\*</sup>

—¡Te pido un juramento! —dijo el mozo  
en un sublime arranque de pasión;  
y la hermosa muchacha, con ternura:  
—¡Lo tendrás, lo tendrás! —le contestó.

Y en tal forma será, dulce amor mío,  
que ninguna mujer de limpio honor  
se atreviera á faltar al juramento  
que yo te haré con todo el corazón.

Que se apaguen mis ojos, que mis labios  
no ostenten más su espléndido color,  
si alguna vez yo rompo esta promesa  
que del pecho me arranca tu pasión.

¿Fue aquel mozo feliz? Tan sólo un día,  
porque al siguiente supo con dolor  
que su pérfida amante le engañaba  
con un tipo de nombre Facistol.

---

\* Imitación de un juguete en prosa de Catulle Méndez.

---

—¡Perjura! —le gritó bañado en llanto.  
—¡Te equivocas, monín! ¡Perjura nó!  
¡Tú me hiciste jurar, pero olvidaste  
lo que jurar debí, bobalicón!

Y lo que yo juré, ya está cumplido.  
—¡Y á mí tu liviandad me causa horror!  
¡Responde! ¿Qué juraste? —¡Amar á otro,  
y darle, como á ti, mi corazón!

*Caracas, 1892*





## *Mi tesoro*

*ALuz*

Es un cofre de espléndida madera  
que finge en sus mosaicos de colores  
dos bandadas alígeras de amores  
en pos del carro azul de Primavera.

Huele por dentro á esencias olorosas  
de gardenias, de mirtos y de rosas,  
y guarda allí en su seno embalsamado  
un nardo ya marchito y deshojado;  
un pedazo de cinta desteñida;  
un manojo de cartas que son flores  
de aquel que fue jardín de mis amores  
y pasajero encanto de mi vida;  
dos pañuelos que ostentan cual señales  
de esplendorosa luz, tus iniciales;  
un soberbio retrato en que tu frente  
tiene más claridad que el sol naciente,  
y aquellos pensamientos disecados

---

en cuyo fondo azul medio sombrío,  
tu amor supo escribir entrelazados  
tu inolvidable nombre con el mío.

No tengo más riqueza en mi aislamiento  
que ese vivo raudal de sentimiento:  
fecundadora esencia  
del más bello idéal de mi existencia:  
inefable reliquia de una historia  
que es hoy pesar del alma y la memoria.

Mi madre es el guardián de ese tesoro  
que recuerdos de amor tan sólo encierra,  
más grande para mí que todo el oro  
que ocultan las entrañas de la tierra.

*Caracas, 1892*





## *Clair de lune*

*(Rayo de luna)*

*A Marcelino Menéndez Pelayo*<sup>8</sup>

¡Hermosa tarde aquélla! Más hermosa  
no la pudo ostentar la primavera,  
ni la vieron más diáfana y lumbrosa  
las estrellas que surgen de la esfera.

El rubio sol, desde inflamada cumbre,  
la cima de los montes aureoleaba,  
semejando los rayos de su lumbre  
el manajo de flechas de la aljaba.

Era la blanca hora en que los sueños  
comienzan á surgir en ronda alada,  
como un tropel de arcángeles risueños,  
de los profundos limbos de la nada.

De Viena la imperial cruzaba un hombre  
las numerosas calles lentamente,  
y su alta fama y su preclaro nombre  
con viva luz brillaban en su frente.

---

Perdida la mirada en lo infinito,  
triste como el cansado caminante,  
mostraba las congojas del proscrito  
pintadas en su pálido semblante.

¿Quién era aquel mancebo apuesto y joven  
en cuya faz la inspiración ardía?  
Era un genio feliz, era Beethoven,  
era el gran soñador de la armonía.

A poco andar, paróse de improviso  
frente á la reja de campestre estancia,  
delicioso vergel que el cielo quiso  
henchir de luz y virginal fragancia.

En torno luce hojosa enredadera  
cargada ya de fúlgidos botones,  
en los cuales despunta primavera  
mecida por sus blandas ilusiones.

Detrás, la cumbre de azuladas lomas,  
montes repuestos, fértiles collados,  
donde cuelgan su nido las palomas  
y canta el ruiseñor en los cercados.

En los aires vibró tierna sonata,  
honda queja de un alma entristecida,  
especie de nocturna serenata,  
reminiscencia amable de la vida.

Beethoven despertó: la queja ignota  
le hizo bajar del esplendente cielo,  
para darle á beber gota por gota  
el aromoso filtro del consuelo.

Imposible perder ni una cadencia  
de aquellas rimas dulces y armoniosas,  
que brotaban mezcladas con la esencia  
de las del huerto purpurinas rosas.

Tal vez así, con tan sublime acento,  
Sanzio dijo su amor á Fornarina;  
tal vez así pronuncia su lamento  
bajo el rústico alar la golondrina.

¿Qué espíritu, qué genio sobrehumano  
vino á formar allí su oculto nido,  
y á platicar con el sonoro piano  
en el puro lenguaje del sonido?

El remiso fulgor de las estrellas,  
la languidez del aura vespertina,  
del pájaro cantor las rimas bellas  
y el charlotear del agua cristalina;

Del almo sol la moribunda llama,  
de la quietud el religioso imperio,  
todo daba al incierto panorama  
la vaguedad profunda del misterio.

---

La verja del jardín estaba abierta;  
sus postrimeros rayos daba el día,  
y el músico traspuso el ancha puerta  
vencido por la mágica armonía.

Una mujer de alabastrina mano  
hacía vibrar con fatigoso aliento,  
en los alambres trémulos del piano,  
la inefable expresión del sentimiento.

De apostura gentil, labios de rosa,  
blancas mejillas y cabello rubio,  
jamás se vio doncella más hermosa  
en la serena imagen del Danubio.

Beethoven se sentó cerca de ella,  
y sollozante, alegre, enternecido,  
iba siguiendo la inmortal querella  
al través de las ondas del sonido.

¡Cómo hubieran caído alborozado  
ante aquella fantástica figura,  
para besar el ruedo inmaculado  
de su olorosa y blanca vestidura!

¡Cómo le hubiera dicho, y no os asombre:  
–“Por estrechar tu mano con la mía,  
cediera yo mi espléndido renombre  
y este nimbo de luz desdeñaría!”–

Los últimos acordes espiraron  
melancólicos, blandos, seductores,  
y las aves del huerto suspiraron,  
y se quejó la brisa entre las flores.

Levantóse la niña con presteza,  
sonrió como sonríe la mañana,  
y ostentando su gracia y gentileza,  
fue á reclinar la frente en la ventana.

En el tibio raudal de sus reflejos  
la soñolienta luna la envolvía,  
y admirándola ansioso desde lejos,  
en su interior Beethoven se decía:

—“¿Podrá jamás la muerte despiadada  
helar ¡oh Dios! con su aterido aliento  
el azul esplendor de su mirada,  
y agotar en su alma el sentimiento?

“¿Caerá también en solitaria fosa  
esa visión espléndida y sublime,  
á cuya pulsación maravillosa  
el sonoro instrumento canta ó gime?

“¡En este mar de luz vivir quisiera  
los más hermosos años de mi vida,  
aunque jamás el mundo me ofreciera  
glorias que el tiempo en su correr olvida!”—

---

De improviso, tal vez como inspirado  
por el agreste olor de la campiña,  
se levantó de amor transfigurado,  
dejó el asiento y se acercó a la niña.

Mas creyéndola un ángel que en la noche  
del seno de los astros descendía  
para inundar su alma en un derroche  
de inspiración, de luz y de poesía,

murmuró para sí con triste acento:  
–“Jamás, jamás, porque del cielo vino,  
y puede alzar su vuelo al firmamento  
dejando sólo un rastro peregrino.

“Dejando en pos de sí tan sólo un día,  
como la flor su esencia en la pradera,  
el eco angelical de su armonía  
y el resplandor fugaz de la quimera.”–

Corrió enseguida al silencioso piano,  
y pulsando las teclas con maestría,  
desbordóse al contacto de su mano  
la más encantadora melodía.

En cada vibración, en cada nota,  
la soledad con su rumor doliente;  
la balbucencia límpida que brota  
de las cerúleas aguas del torrente.

Allí el gemir de cantos pastoriles,  
ecos perdidos, voces que murmuran,  
recuerdos de los años juveniles,  
música de los astros que fulguran.

Cayó la dulce joven de rodillas,  
y suplicante, convulsiva, loca,  
pálidas se tornaron sus mejillas,  
y estas frases salieron de su boca:

—“Brilla en tu frente, afortunado joven,  
la corona de luz de las ideas:  
divino soñador, tú eres Beethoven;  
inspirado mortal, bendito seas.

“Beethoven eres tú: sólo á tí es dado  
recordar á mi alma el patrio suelo,  
con sus flores de tinte immaculado  
que pinta el sol y que abrillanta el cielo.

“Solo por tí surgiera en mi memoria,  
llena de melancólica hermosura,  
de mi perdido bien la dulce historia,  
y el recuerdo infeliz de mi amargura.

“Permite ¡oh Dios! que en mi apagada vista  
torne á brillar tu lumbre refulgente,  
para sentir el genio del artista  
de su mirada en la expresión ardiente.

“¡La luz, la luz, por contemplar sus ojos  
llenos de amor y de idëal tristeza;  
la luz, la luz, para admirar de hinojos  
la aurëola que irradia en su cabeza!”—

De aquella niña al postrimer acento,  
gritó de un corazón acongojado,  
dejó el artista el plácido instrumento,  
y la frente inclinó como aterrado.

—“¡Ciega, ciega —gritó— ciega, Dios mío!—  
y dando rienda suelta a su amargura,  
corrió a la puerta del vergel sombrío,  
y se perdió en la tétrica espesura.

.....

Horas después, envuelta en la fragancia  
de las flores que bordan la campiña,  
hacía vibrar en la tranquila estancia  
tierna canción la desgraciada niña.

Era el *Rayo de Luna*, la serena  
y encantadora y flébil melodía  
que improvisara el soñador de Viena,  
el magno soñador de la armonía.

París, 1888





## *Batalla de Las Queseras del Medio*

*ANicanor Bolet Peraza<sup>9</sup>*

### I

A entrambos lados del río  
que se interna en la sabana,  
y que en su raudal inmenso  
piedras y troncos arrastra;  
allí donde la culebra  
ostenta al sol sus escamas,  
y para dormir se enrosca  
en las ceibas centenarias;  
donde á los vientos que zumban  
en la atmósfera abrasada,  
columpian de trecho en trecho  
sus abanicos las palmas;  
sobre la vasta llanura  
donde en lucha heroica y brava  
el toro acuchilla al tigre

---

con la punta de sus astas;  
allí donde el cocodrilo  
se sumerge en hondas charcas,  
y con su potente cola  
revuelve las turbias aguas;  
con la altivez en la frente,  
con la fiereza en el alma,  
con el rencor en el pecho,  
con el odio en las miradas,  
desde muy lejos se avistan,  
blandiendo las férreas armas,  
los dos bravos contendores,  
las dos legiones bizarras.

Relumbran las bayonetas,  
los vivos corceles piafan,  
redoblan los atambores  
y resplandecen las lanzas.  
Bajo el casco de los potros  
gime la inculta sabana;  
al fulgor del mediodía  
centellean las espadas;  
los pabellones ondulan  
á las caricias del aura,  
y brotan chispas de lumbre  
de las fulgentes corazas.

Y entre gritos de alborozo,  
y exclamaciones de rabia,

y apóstrofes impacientes,  
y rugidos de venganza,  
los pujantes escuadrones  
al combatir se preparan;  
los rojos penachos brillan  
como relucientes ascuas;  
los huecos parches resuenan  
con sus marciales tocatas,  
y el sol vierte sus fulgores  
como un diluvio de llamas.

Y en tanto que el viento agita  
las banderas desplegadas,  
y que los jefes discurren  
por la tendida sabana,  
á entrambos lados del río  
nobles víctores estallan;  
desbórdase en vivas ondas  
el entusiasmo en las almas,  
y á morir se halla dispuesta  
por el triunfo de la patria,  
frente á los tercios realistas  
la legión republicana.

Seis mil son los españoles  
que en la orilla del Arauca  
pretenden poner en fuga  
á los tercios de la pampa;  
y es brillante y luminosa  
la historia de sus campañas,

---

de sus renombrados hechos,  
de sus ruidosas demandas.  
Por sus venas corre el jugo  
de la heroica tierra hispana,  
y arde en sus ojos la lumbre  
del denuedo y la pujanza.  
Son tan bizarros, que á un tiempo  
luchar quieren á vanguardia,  
pues ninguno teme al plomo  
ni al estruendo de las cargas.  
Morillo los encabeza,  
y con su gloriosa espada  
los ordena, los dirige,  
los conduce á la batalla.  
A tanto llega su arrojo,  
su valor tan alto raya,  
y es tan grande su osadía  
en cada nueva jornada,  
que nadie á pensar se atreve,  
ante la hueste gallarda,  
sino en que el triunfo es seguro  
para la potente España.  
Antes que cejar, contienden  
hasta morir, por su patria,  
la egregia nación que cuenta  
mil proezas legendarias;  
la que el cielo de la gloria  
de un solo brinco escalara,

en San Quintín y Pavía,  
en Zaragoza y Numancia;  
la que en tres largas centurias  
de refriega encarnizada,  
no se humilló ante la fuerza  
de las legiones romanas;  
la que plegar hizo el vuelo  
al borde de sus montañas,  
del vencedor en Arcola  
á las triunfadoras águilas;  
la nación cuyos prodigios  
por ser inmortales cantan,  
la epopeya en altas rimas  
y en áurea trompa la fama.

## II

De mil quinientos no sube  
la heroica región que reta  
á los tercios de Castilla  
cabe la margen opuesta.  
La forman los luchadores  
por la libertad excelsa,  
titanes cuyas victorias  
cabén sólo en el poema.  
Son ellos los vencedores  
de los soldados de Iberia  
en cien encuentros reñidos,  
en cien batallas sangrientas.

---

Al relinchar de sus brutos  
los contrarios se amedrentan,  
la libertad se alborozaba  
y la inmensa pampa tiembla.  
Son ellos los que juraron  
en las llanuras desiertas,  
morir en la magna lucha  
ó alcanzar la independencia.  
A los botes de sus lanzas  
nada resiste en la tierra,  
ni al ímpetu formidable  
que en el combatir ostentan.  
Sombríos páramos corren  
y á nevadas cumbres trepan,  
á nado cruzan los ríos  
y en las montañas penetran.  
Y en medio de las fatigas  
de tan furiosa carrera,  
nada interrumpe su marcha  
ni su voluntad cercena:  
ni los riscosos barrancos,  
ni las vastas cordilleras,  
ni las colosales rocas,  
ni las abruptas veredas.  
La libertad los impulsa,  
y al timbre de las cornetas  
van dejando en el camino  
gloriosa y profunda huella.

¿Quién los comanda? Bolívar,  
y al fulgor de su elocuencia,  
donde el numen se desborda  
en cataratas de ideas,  
destrozan á los realistas,  
ponen espanto en la tierra,  
hermosos triunfos alcanzan  
y sus legiones aumentan.  
Son ellos los poderosos  
fuertes brazos de la guerra,  
los afamados caudillos  
de la santa independencia.  
Son los sublimes actores  
de la más alta epopeya  
que han presenciado los siglos  
sobre el dorso del planeta.

Mas entre todos resalta  
por su intrepidez guerrera,  
por su olímpica bravura  
y su constancia estupenda,  
el capitán invencible  
cuyas grandiosas proezas  
no caben sino en las nobles  
páginas de la leyenda.  
Al evocar la memoria  
sus acciones gigantescas,  
el pensamiento se pasma  
y el alma en suspenso queda.

---

En su ardiente mano vibra  
la aguda lanza llanera  
como el rayo entre las alas  
de la sombría tormenta;  
y á cada empuje terrible  
de su indomable altiveza,  
cunde el valor en sus filas  
y á los contrarios dispersa.  
Al toro audaz de las pampas  
derriba en triunfal carrera,  
al irresistible embate  
de su bridón de pelea;  
y á los corceles cerriles  
que en la turbia charca abreven,  
con el poder los humilla  
de su insólita destreza.  
Le temen sus enemigos,  
sus soldados le respetan,  
y hasta Bolívar el Grande  
ante sus razones pliega.  
Tiene el valor de su stirpe  
y del normando la fuerza,  
la intrepidez de Leonidas  
y la constancia de César.  
Es el vencedor famoso  
de las legiones de Iberia  
en el increíble asalto  
de las Lanchas Cañoneras.

Es un demente sublime  
capaz de volcar en tierra  
todos los tronos del mundo,  
si le oponen resistencia.  
Mirad al heroico Páez  
del Arauca en la ribera,  
con los ojos como llamas  
y con la lanza en la diestra.  
Mirad como cruza el campo  
suelta al aire la melena,  
y arrogante sobre el lomo  
de su caballo de guerra,  
que al sentir en los ijares  
el aguijón de la espuela,  
relincha, piafa, resopla,  
se encabrita y escarcea.

### III

Arde el sol como un carbunclo  
en la mitad de la esfera,  
y cual fulgentes penachos  
sus resplandores ostenta.  
La ansiedad cunde en las almas,  
y la más honda impaciencia  
á entrambos batalladores  
irrita, encona y altera.  
Bolívar corre la orilla  
con indignación suprema,

---

y al rumor de roncós gritos  
á los contrarios recuenta.  
Nadie el designio entretanto  
del Libertador penetra,  
mas se ve que el jefe huye  
librar la atrevida empresa;  
pues son seis mil los realistas  
que en la margen contrapuesta  
pretenden poner en fuga  
á las legiones llaneras.  
Y los insultos se doblan,  
y los sarcasmos se aumentan,  
y las invectivas cruzan  
cual rutilantes saetas.  
Y las fuerzas españolas,  
de torpe venganza llenas,  
á las de la pampa abruman  
de imprecaciones violentas.  
De improvisó, en un arranque  
de su indómita soberbia,  
el impertérrito Páez  
del Libertador se aleja;  
á sus valientes soldados  
en largas filas ordena,  
y' de entre los más temidos  
destaca ciento cincuenta.  
*¡Sus! ¡Al combate!* les grita,  
y á su bridón espolea,

y de aquel grupo seguido  
de nobles almas guerreras,  
á todo escape se lanza,  
el hondo río atraviesa,  
y brinca audaz y animoso  
á la contraria ribera.

Y como el alud brillante  
que de la alta cumbre rueda  
con bronco estrépito arrolla  
cuanto sojuzgarlo intenta,  
así la briosa falange  
se precipita altanera,  
y al galopar de sus potros  
la abierta pampa retiembla.

El fiero Morillo al punto  
sus batallones despliega,  
al resonar de los parches  
y las broncíneas cornetas.  
De repente ¡*Viva España!*  
el gran caudillo vocea,  
y ¡*Viva España!* sus tropas  
sordamente le contestan.  
Y en tanto que brama el río,  
y que el ronco bronce atruena,  
y que los caballos saltan,  
y que crujen las cureñas,  
¡*Viva España!* repercute  
por las llanuras desiertas,

---

y ¡*Viva España!* en las ondas  
de la inmensidad resuena.  
Y el turbulento retumbo  
de la heroica liza empieza,  
y de los fuegos se escucha  
la sonora intermitencia.  
Y los víctores estallan,  
y el blasfemar se acrecienta,  
y son los insultos dardos  
y las maldiciones flechas.  
Y al par que las banderolas  
vívidas llamas semejan,  
y que los penachos lucen,  
y que brillan las viseras,  
los contendores ni un punto  
en el batallar sosiegan;  
de los que heridos desmayan  
la roja sangre chorrea;  
y á un mismo tiempo acribillan  
á nuestras firmes banderas,  
el fusil que rayos brota  
y el cañón que al aire atruena.

#### IV

Como entre dos recios muros  
de lanzas que centellean,  
que se revuelven airadas  
y que por grados aumentan,

Morillo entre las falanges  
de sus bridones encierra  
á los terribles centauros  
que le oponen resistencia.  
Y al par que el realista avanza  
con su genial altiveza,  
los escuadrones de Páez  
hacia el Arauca repliegan;  
pues son seis mil castellanos  
los que en desigual contienda,  
pretenden poner en fuga  
á las legiones llaneras.  
De repente, en embestida  
fúrida al par que tremenda,  
al bravo Narciso López  
el bravo Rondón se enfrenta;  
y aquél desmonta el caballo,  
y los dos traban pelea,  
y en un grupo se compactan  
todas las tropas de Iberia.  
Y ya los patriotas huyen,  
y el realista los dispersa,  
y los acosa y persigue  
con satánica fiereza,  
cuando de improviso Páez  
á su caballo sofrena;  
el fierro espantable empuña  
con entusiasmo que aterra,

---

y al grito de *¡Vuelvan caras!*  
que en la llanura resuena  
como el hórrido estampido  
del huracán en la selva,  
contra los tercios realistas  
súbito y audaz voltea,  
y los espanta y destroza,  
y los acuchilla y siega.  
Y Aramendi hace prodigios,  
y donde el combate arrecia,  
Mina y Figueredo al punto  
su gran coraje despliegan.  
Y el Negro Primero lucha  
con legendaria firmeza,  
y el bravo Rondón avanza,  
y Carvajal no repliega.  
Y en lo más recio y temido  
de la colosal proeza,  
máxima entre las mayores  
de la cruzada sangrienta,  
el invicto Páez lidia,  
á su valor no da tregua,  
contra los húsares rompe  
y á los dragones degüella.

La primera fila hispana  
muere el polvo de la tierra,  
y á la desbandada corren  
los de la segunda y tercia;

y tras el polvo y el humo  
que levantan las cureñas,  
las patas de los caballos  
y las descargas siniestras,  
aquella fuerte muralla  
de lanzas y bayonetas,  
de empenachados morriones  
y deslumbrantes cimeras,  
el campo cede al patriota,  
se abre en alas, se dispersa,  
rabia impotente, maldice,  
se acobarda y desordena.  
Y al estruendo de los parches,  
y al flotar de las banderas,  
y de las marciales trompas  
á las agudas cadencias,  
los ginetes castellanos  
huyen por la pampa inmensa;  
los de á pie se precipitan  
á guarecerse .en la selva;  
los artilleros se asombran  
y desamparan sus piezas,  
y nadie resiste al choque  
de la embestida tremenda.  
Y en tanto que la Victoria  
en áureo clarín celebra  
la no igualada bravura  
de las legiones llaneras,

---

llega la noche y derrama  
sobre el campo de pelea,  
la oscuridad de sus sombras  
y el fulgor de sus estrellas.

Caracas, 1890





## *Renacimiento*

*A Jacinto Gutiérrez Coll<sup>10</sup>*

Allá despunta el sol, yo lo contemplo  
bañar de luz el verdecido llano,  
la cúpula del templo,  
el vivo azul del firmamento indiano,  
el florecido huerto de la aldea,  
el raudal que entre juncos serpentea.

Allá despunta el sol: naturaleza  
palpita de entusiasmo y de alegría,  
rompe de las tinieblas la tristeza,  
saluda el resplandor del nuevo día,  
se viste de hermosura,  
y de deleite y de placer murmura.

Océanos de púrpura y de oro  
el alba pinta en el lejano Oriente,  
y el manantial sonoro  
la cumbre baja y la feraz pendiente;  
y al par que sus amores

---

canta el jilguero en el bosque umbrío,  
y el céfiro y las flores  
celebran las caricias del rocío,  
se oyen sonar entre las verdes hojas  
trinos, besos, suspiros y congojas.

Arde la luz en cercos tembladores  
sobre el blanco matiz de las espumas;  
las aves en enjambres voladores  
baten al viento las pintadas plumas;  
cadencias y rumores  
giran envueltos en lucientes brumas,  
y á lo lejos la sorda catarata  
se precipita en círculos de plata.

Por la tendida loma  
sube cantando la gentil doncella,  
más pura y más fragante que el aroma  
del verde césped que su planta huélla;  
y al sonante rumor de las esquilas  
que hacen vibrar saltando sus ovejas,  
de blancas rosas y aromadas lilas  
engalana su frente y sus guedejas.

Venid, venid al campo, que ya torna  
coronada de luz la primavera,  
y de flores los cármenes exorna,  
y de mullido césped la pradera.  
Venid, que entre fulgores,

y esencias, y sonrisas, y rumores,  
el insecto fugaz alegre canta,  
reverbera la perla de rocío,  
deliciosa frescura se levanta  
de las espumas del angosto río,  
y el chorro de agua trémulo y sonoro  
lamos refleja de esmeralda y oro.

Venid, venid, que la gentil zagala  
ya corre al prado ameno,  
y al céfiro regala  
con los aromas castos de su seno;  
y hay música en el pájaro que trina  
por las felpudas quiebras de la loma;  
y la verde colina  
de sus endechas vierte la paloma,  
ostenta con su brillo  
las pisadas del manso corderillo.

Venid, que aquí se siente  
el corazón radiante de alegría  
y de hermosas imágenes la mente;  
y entre besos de luz y poesía  
se brinda alivio al doloroso anhelo,  
se piensa y el pensar es más profundo,  
se mira á Dios en cuanto alumbra el cielo,  
y se olvidan los crímenes del mundo.



## *Voz divina*

Cuando la noche avanza silenciosa,  
cubierta de mortal melancolía,  
y recoge sus pétalos la rosa,  
y se estremece moribundo el día;

cuando en el fondo azul de los espacios  
á palpar comienzan las estrellas,  
semejando carbunclos y topacios,  
ó del cárdeno sol las rojas huellas;

entonces yo percibo entre las flores  
que crecen en la selva solitaria,  
del río en los poéticos rumores  
ó del túrbido mar en la plegaria,

una cadencia, un grito, una congoja,  
algo que vuela en caprichoso giro,  
el ruido imperceptible de una hoja,  
la vibración doliente de un suspiro;

una nota que tiembla, y se agiganta,  
y en la celeste inmensidad resuena,  
una nota que gime al par que canta,  
que asombra al mundo y lo infinito llena.

¿Quién murmura esa voz que se dilata  
por la tierra y el mar á un tiempo mismo?  
¿Es acaso la sorda catarata  
que hierve en las entrañas del abismo?

Es el *amor*, que en arpa sollozante  
sus penas llora al fenecer el día,  
y hace vibrar con verso palpitante  
las congojosas cuerdas de la mía.

*Caracas, 1885*





## *Recuerdos*

En mi país, en el país hermoso  
que perfuman las flores tropicales,  
que baña en luz un sol esplendoroso  
y engalanan los verdes cafetales,

hay un jardín en apartada aldea,  
tan henchido de nardos y de rosas,  
que cuando el sol sobre la mar clarea  
se llena de pintadas mariposas.

Regazo es de vívidos anhelos,  
donde al compás de trémulos ruidos,  
á la nítida lumbre de los cielos  
cuelgan las aves sus calientes nidos.

Rústica cerca luce en sus orillas,  
vestida de esa hojosa enredadera  
que se adorna de azules campanillas  
al renacer la virgen primavera.

No lejos de ese huerto florecido  
que arrulla con sus voces la marea,  
desde el monte se ven cual blanco nido  
las humildes casitas de la aldea.

Corre hacia el norte sosegada fuente  
de arenas de oro yaguas cristalinas,  
donde al surjir el alba en el Oriente  
se bañan las alegres campesinas.

Y al pie de un cerro, en cuya cima airosa  
trisca la oveja y el gañán dormita,  
se levanta serena y luminosa  
la blanca torrezuela de una ermita.

Delante, el mar, que retumbando á solas  
con el ronco rumor de su coraje,  
bate y golpea con rugientes olas  
el contorno granítico y salvaje.

Detrás, un monte recio y elevado;  
un monte en cuyo término sombrío  
sestea el labrador con su ganado  
en las ardientes horas del estío.

En ese dulce hogar, sereno albergue  
de inocentes y plácidos amores,  
donde la palma tropical se yergue  
bañada en luz y despidiendo olores;

---

en ese dulce hogar, donde más bella  
se desliza la fuente de la vida,  
y donde el mar sus ímpetus estrélla  
sobre la costa en fuerte sacudida,

¡con qué ansiedad cuando del sol poniente  
tiñe la luz los escarpados riscos,  
mueve la oveja el paso diligente  
camino de los rústicos apriscos!

¡Con qué placer las dormecidas flores  
abren sus ricas y fragantes urnas  
á los últimos rayos brilladores  
y á las primeras ráfagas nocturnas!

¡Con cuánto gozo el rudo marinero,  
radiante de inefables regocijos,  
retama á aquel albergue lisonjero  
para besar la frente de sus hijos!

Y el gentil payador —¡con qué alegría,  
mientras zumba en los bosques la cigarra,  
canta sus coplas llenas de armonía  
al sonoro puntear de la guitarra!

Todo está como entonces: la alameda  
en cuyo hermoso redondel sentados,  
con aquella su voz tan dulce y queda  
forjó nuestros ensueños adorados.

Más allá la casita en cuya puerta  
*ella* con tierno afán me despedía,  
y á la luz del farol, mustia é incierta.  
yo estrechaba su mano con la mía.

Y más allá la vuelta del camino  
donde con vivas ansias me esperaba  
cuando el fulgor del astro vespertino  
sobre las altas cumbres asomaba.

Allí está la rompiente en que las olas  
desgarran sordamente sus espumas:  
¡la empinada rompiente donde á solas  
vagámos una tarde entre las brumas!

A la orilla del mar, el banco recio  
donde con loca angustia me decía:  
—«Si llegas á olvidarme te desprecio,  
aunque siempre te adore el alma mía.»

El sitio en que los astros relucientes  
me miraron ¡oh Dios! con sus destellos,  
cubrir de besos húmedos y ardientes  
la madeja imperial de sus cabellos.

Allí la ermita en cuya estrecha nave  
tantas veces pidió nuestra ventura,  
mientras sus ojos con fulgor süave  
giraban dulcemente por la altura.

---

Allí el jardín donde su blanca mano  
casi todas las tardes me escribía  
al grandioso rumor del océano  
y á la espirante claridad del día.

¡Oh tierras bendecidas por mi alma,  
donde al compás de músicas sonoras  
en santa dicha y venturosa calma  
sentí correr los días y las horas;

todo es amable en vuestro casto seno,  
todo consolador, todo sublime:  
el cauce bullicioso é insereno,  
el céfiro fugaz que canta ó gime,

la luz, el aire, la floresta, el río,  
las aves con su gárrulo concierto,  
la flor que se abrillanta de rocío  
y los frondosos árboles del huerto!

¿Olvidaros? ¡Jamás! Nunca os olvida  
en mis hondas tristezas la memoria,  
que allí corrió serena y bendecida  
de mi perdido bien la dulce historia.

Y cuantas veces torno á las orillas  
donde fueron mi dicha y mi ventura,  
siento ¡ay de mí! rodar por mis mejillas  
lágrimas de dolor y de amargura.



## *La mariposa*

Nacer para volar eternamente  
sobre el limpio cristal de la corriente,  
y en curso alegre y vario  
discurrir por el bosque solitario.  
Brotar de la crisálida escondida  
como una flor alada,  
y en copia fiel del alma convertida  
atravesar la atmósfera azulada.  
En un rayo de luz subir la altura,  
y en los del rubio sol, haces de oro,  
bajar, bajar hasta la tierra oscura.  
Por ostentar cual vívido tesoro  
sus alas peregrinas,  
con seductor halago  
rozar la espuma del celeste lago,  
temblar sobre las ondas cristalinas,  
de la orilla besar la verde grama,  
y cual inquieta llama  
moverse en montes, prados y colinas.  
Vivir de la olorosa  
miel que le brinda la campestre rosa,

ó la de esencias llena  
corola de la mística azucena.  
Tener alcázar junto al manso río,  
en la dormida flor posar el vuelo,  
y despertar al beso del rocío  
que el alba azul derrama desde el cielo.  
Mostrar en cada ala brilladora  
reflejos de la estrella  
que anuncia el nacimiento de la aurora;  
el rojo resplandor de la centella  
que ilumina el espacio en un instante;  
los visos del diamante  
que el arte oprime en fúlgida montura,  
ó el rayo que fulgura  
con viva intermitencia  
la trémula y sutil fosforecencia.  
¡Qué más dulce vivir ni más hermoso  
que el de ese sér alado y caprichoso!  
Nacer para volar eternamente  
en huertos, montes, prados y vertiente,  
y semejar ufana,  
al agitar por la floresta umbría  
sus alas de brillante argentería,  
la eterna aspiración del alma humana.

*Mérida, 1889*





## *Paisaje*

Atardece, y el sol con lumbres rojas  
tiñendo está la inmensidad del cielo;  
de los ceibos en flor brillan las hojas,  
y los pájaros saltan por el suelo.

Cada chispa de luz es un topacio,  
cada jilguero un cántico sonoro,  
cada floresta espléndida un palacio,  
y cada nube un camarín de oro.

Los átomos de púrpura abejean  
sobre las albas y entreabiertas rosas;  
las libélulas fúlgidas llamean,  
y se irisan al sol las mariposas.

Azota el mar con ímpetu violento  
el robusto perfil de los escollos,  
y del aura fugaz el tibio aliento  
acaricia los vívidos pimpollos.

---

Allá en el bosque zumba la cigarra,  
bulle la gente al pie del ventorrillo,  
de pronto vibra el són de la guitarra,  
y el entusiasmo crece en el corrillo.

En el ruinoso templo de la aldea  
resuena lentamente la campana;  
el agua en los remansos chapotea,  
y hay en el campo olor de mejorana.

Tras el pretil que se enguirnalda en flores  
se oyen voces de niños cristalinas,  
y en el fresco vergel, los surtidores  
se están diciendo chanzas peregrinas.

A la orilla del mar se halla sentada  
la más linda doncella del contorno;  
hierve de áureos insectos la enramada,  
y el ocaso refulge como un horno.

Viste la niña enagua azul marino,  
y bajo el ala gris de ancho sombrero,  
lucir se ve su rostro peregrino,  
albo como el semblante de un lucero.

Cada mirada suya es un derroche  
de luz, de amor, de intensa poesía:  
negras sus trenzas son como la noche,  
y brillantes sus ojos como el día.

¿En qué piensa? Lo ignoro... acaso en nada:  
quizá en la luz que en occidente espira.  
¡Yo sólo sé que es triste su mirada,  
y muy hondo el pesar con que suspira!

*Caracas, 1892*





## *El amanecer*

¡Cuánta luz, cuánta hermosura  
en el monte y en el llano,  
en el profundo océano  
y en la fuente que murmura!

Por la región oriental  
la luz brota lentamente,  
y afanoso y diligente  
canta el gallo en el corral.

El fragante limonero  
sus verdes ramas agita,  
y el raudal se precipita  
bullicioso y placentero.

Por la verdecida loma  
corre alegre la serrana,  
de la floresta lozana  
aspirando el rico aroma.

Húmedos por el rocío  
muestra sus pies caprichosa,  
y su faz de blanco y rosa,  
encendida por el frío.

Las ovejas en montones  
abandonan los apriscos,  
y por los escuetos riscos  
mueven sus albos vellones.

En viva luz se colora  
la cumbre de la montaña,  
y se alegra la cabaña  
con los rayos de la aurora.

El curtido labrador,  
en pos de la tarda yunta,  
sus tiernos cantares junta  
del arroyuelo al rumor.

Se ven tras los cafetales  
las casitas de la aldea;  
la rústica chimenea  
brota el humo en espirales,

y el afanoso labriego  
camina en torno al sembrado,  
cuyas tierras el arado  
fecundó, y el blando riego.

---

Todo respira alegría  
en la tierra y en el cielo:  
los pájaros en su vuelo;  
el raudal en su armonía;

el purpurino celaje  
que el alba pinta en oriente;  
el matiz resplandeciente  
de la amapola salvaje;

del rocío el centelleo;  
los cantos de los pastores,  
y en los risueños alcores  
de la brisa el dulce oreo.

Y en tanto que huye la noche  
á los reflejos del día,  
y por la arboleda umbría  
las flores abren su broche,

el rubio sol desde oriente  
adorna con viva lumbre  
la vega, el monte, la cumbre,  
la catarata y la fuente.

¡Oh dulce renacimiento  
de la luz y de la vida;  
oh primavera querida  
del humano pensamiento;

mil veces benditas seas,  
tú, que llenas de ilusiones  
los amantes corazones,  
y la conciencia de ideas!

*Caracas, 1887*





## *Mariposas*

(Imitación de Gutiérrez Nájera)

*A Salvador Llamozas*<sup>11</sup>

Allá van, allá van, las volubles,  
las que ríen en fúlgida ronda  
sobre el cáliz azul de los lirios,  
sobre el blanco matiz de las rosas.

Allá van, allá van, las festivas,  
las que surcan el aire y se posan  
en las níveas campánulas frescas,  
en el borde sutil de las hojas.

Son joyeles de oro y rubíes,  
son bandadas de piedras preciosas,  
son destellos vivaces que ondulan  
al sonoro reír de las frondas.

En un pétalo frágil dormitan,  
y al surgir en Oriente la aurora  
se levantan las niñas inquietas  
como un haz pintoresco de notas.

Saltan unas cual rosas de nieve;  
como besos de lumbre las otras;  
como rimas espléndidas muchas,  
y cual vivos relámpagos todas.

En fantástico enjambre llamean,  
respirando exquisitos aromas,  
esas lindas viajeras del aire  
que se llaman ¡oh luz! mariposas.

Y un momento nomás se columpian  
y en los tiernos capullos retozan,  
y en polvillo de oro se truecan  
de improviso las vírgenes locas.

Así pasan ¡Dios mío! las blancas  
ilusiones que el alma se forja,  
y el placer y el deleite y la dicha,  
y la lumbre fugaz de la gloria.

Allá van, allá van, las risueñas,  
*allá* van en fantástica ronda  
las que brillan tan sólo un instante,  
las que viven tan sólo una aurora.

¡Oh inefables visiones de un día,  
oh esperanzas que el viento deshoja,  
oh quimeras ardientes del alma,  
mariposas de luz sois vosotras!



## *La golondrina*

Su vida es el dolor: su dulce canto  
es triste como el llanto.  
En el pajizo hogar del campesino  
vierte al nacer su moribundo trino,  
y en ardoroso anhelo  
tiende á surcar la inmensidad del cielo.  
Sin dar alivio á su dolor profundo  
la ve pasar indiferente e1 mundo;  
y fatigada y sola,  
en la tierra, en el aire y en la ola  
alza hasta Dios tristísima plegaria.  
Canta sobre la tumba solitaria;  
anida en los escombros y las ruinas;  
al eco de las voces vespertinas  
exhala sus dolores  
en el prado, en la aldea y los alcores;  
y eternamente inquieta  
ella es ¡oh Dios! la imagen del poeta.



## *El llanero*

(Cromo venezolano)

*A Julio Calcaño*<sup>12</sup>

Centelleantes los ojos, la tez curtida  
por el cálido aliento de las sabanas,  
los músculos de bronce, fornido el pecho,  
y ardorosa y enérgica la mirada.

Viste calzón estrecho de lienzo burdo  
y ancha camisa abierta por la garganta,  
y amarrado al cogote muestra un pañuelo  
de alegres ramazones pintarrajeadas.

Respingado en la frente con gallardía  
luce basto sombrero de luengas alas,  
y metida en su vaina de tafilete  
carga pendiente al cinto la enorme lanza.

Monta un potro alazano que cabriolea  
al sentir las espuelas en las ijadas,  
y brota de sus labios en chorro vivo  
de agudezas y apóstrofes, la arrogancia.

---

En el arzón trasero de la montura  
guindando lleva el frasco de ardiente *caña*,  
y en el pico de plata relampaguea  
la empuñadura espléndida de la espada.

En una de las ancas la fuerte sogá  
hecha un mazo de círculos se destaca,  
ostentando sus tonos amarillentos  
sobre el fondo encendido de la gualdrapa.

Si el bridón se encabrita, lo doma al punto;  
de un solo empuje al toro lo despatarra;  
cruza á nado los ríos, y á los *roncones*  
los derriba su diestra de una trompada.

Imposible que cambie por los *gentíos*  
la soledad grandiosa de las sabanas,  
donde al tórrido fuego que el viento  
sopla en sempiterna fiesta vive su alma.

Cuando duerme muy lejos de su querida,  
se pone á cantar coplas en la posada  
al sonoro murmullo de los recuerdos  
y al sutil pespunteo de la guitarra.

Vivir á la intemperie, rasgurar el cinco,  
cruzar á la continúa la inmensa pampa,  
domar potros cerreros, desafiar tigres  
y arrancar la carrera tras la manada;

sentirse á todas horas independiente,  
ser más libre que el viento de las montañas,  
odiar profundamente las tiranías  
y querer á su *negra* con toda el alma;

rememorar, en suma, con noble orgullo  
las glorias más espléndidas de su raza,  
combatir por la patria cuando se ofrezca  
y señorear la historia con sus hazañas;

hé ahí sus ensueños, sus ilusiones,  
todo el calor que anima sus esperanzas,  
el ideal que inspira sus tiernas coplas  
y los únicos goces que le entusiasman.

*Caracas, 1892*





## *Indecisión*

*Aluz*

¿Quién eres? No lo sé, pero en tu frente  
hay algo que me encanta y me fascina  
algo que me acaricia dulcemente  
como el frescor del agua cristalina.

¿Quién eres? No lo sé: casta figura  
que brota en mis ensueños seductores,  
como la flor brillante de hermosura  
en el verde tapiz de los alcores.

Música celestial oigo en tu acento,  
con la luz de tus ojos me deslumbro,  
y si los míos alzo al firmamento  
en cada rubia estrella te columbro.

Esa que arde, tierna y soñadora,  
en tus pupilas cándida mirada,  
algo tiene del véspero que llora,  
ó del tibio fulgor de la alborada.

Tú vives ante mí, porque te admiro  
en la temprana rosa y en la espuma,  
del áureo insecto en el cambiante giro,  
ó en la que pinta el sol cárdena bruma.

Doquier te busco, y al mover la planta  
para seguir tus caprichosas huellas,  
de mi alma en el fondo se levanta  
fúlgido enjambre de ilusiones bellas.

Nunca, nunca alcanzó la humana vista  
más hermosa visión sobre el planeta,  
ni la puso en sus lienzos el artista,  
ni la cantó en sus versos el poeta.

Mas no acierto á explicarte por qué lloro  
y me abrumba el pesar cuando te veo:  
yo quisiera *decirte que te adoro*,  
pero el temor ahuyenta mi deseo.

Voy á acercarme á ti, pero es en vano;  
en busca tuya voy, pero no puedo;  
de pensarlo nomás tiembla mi mano,  
y de sólo mirarte me da miedo.

Si te alejas de mí, triste suspiro;  
si te sientes feliz, me ahoga el llanto;  
cuando tú no me miras, yo te miro,  
y si me hablas ¡ay! tiemblo de espanto.

---

¿Quién eres? No lo sé: casta figura  
que brota en mis ensueños seductores,  
como la flor brillante de hermosura  
en el verde tapiz de los alcores.

*Caracas, 1884*





## *Barcarola*

¿Lo ves, alma mía? Se acerca la tarde:  
ya tristes se ocultan los rayos del sol,  
y al par que en los cielos el véspero arde,  
cantando descende la cumbre el pastor.

Ya entonan las aves sus himnos postreros,  
ya vuelve la oveja con ansia al redil,  
ya brillan inciertos los albos luceros  
en lagos de intenso color carmesí.

¿No escuchas ¡oh Lesbia! del céfiro alado  
las tiernas caricias y el flébil rumor?  
Voluble, festivo, de esencias cargado  
saluda los tibios reflejos del sol.

¡Qué triste es la hora serena en que espira  
con róseos destellos la luz virginal!  
Se esconden las aves, el viento suspira,  
y airados resuenan los tumbos del mar.

Acércate, Lesbia, y al último beso  
que imprima en los cielos la última luz,  
tomemos la barca y en casto embeleso  
boguemos, boguemos al són del laúd.

¡Cuán corta es la vida! Aurora esplendente  
que un punto sonrío. ¡La vida es fugaz!  
Acércate, Lesbia, y al par que en la frente  
mis labios te besen, surquemos el mar.

Acércate, Lesbia, y al rayo de oro  
que viertan tus fúlgidos ojos en mí,  
boguemos al ritmo del canto sonoro,  
boguemos á impulsos del aura febril.

*Macuto, 1886*





## *A la sombra de Víctor Hugo*

¡Salve, genio soberano,  
que en tu inspiración tuviste  
siempre amor para el hermano,  
consolación para el triste  
y rayos para el tirano!

*Gaspar Núñez de Arce*<sup>13</sup>

Al eco de la trompa de la fama,  
sobre el corcel de fuego de la gloria,  
como genio inmortal que siente y ama  
te ví cruzar los cielos de la historia.

Tu voz, el torbellino; tu mirada  
la deslumbrante luz del mediodía;  
tu pluma, el esplendor que la alborada  
vierte en las olas de la mar bravía.

Y al mirarte pasar, con hondo anhelo  
y afanosa inquietud seguí tus rastros,  
de donde ví brotar, como del cielo,  
cascadas de sonrisas y de astros.

---

¿Qué á tí la grita destemplada y fiera,  
ni el escarnio terrible, ni la mofa?  
¡Tú mirabas nacer la primavera  
al sublime rumor de cada estrofa!

¿Qué á tí de los impuros cortesanos  
la saña vil de torpes demasías,  
si has minado el poder de los tiranos  
con el tremendo verbo de Isaías?

Al eco de tu acento prodigioso,  
lleno de luz, de rayos y misterios,  
temblaban el enano y el coloso,  
y tornábanse en ruinas los imperios.

Y al derramar tu fúlgida elocuencia  
en el grandioso alcázar de las leyes,  
de gozo palpitaba la conciencia,  
y era irrisión el cetro de los reyes.

Imposible seguir tu raudo vuelo  
del éter por las hondas soledades:  
¡sólo pueden cruzar el amplio cielo  
el genio y las oscuras tempestades!

Llevabas en la mente soñadora  
la inspiración fecunda del poeta,  
en la frente los rayos de la aurora,  
y en la pupila el alma del profeta.

Por tí renacen los serenos días  
de los juegos olímpicos de Atenas,  
y surgen entre aplausos y armonías  
del seno de las ondas las sirenas.

Por tí cruzan de nuevo ante los ojos  
los genios de la luz y del rocío,  
y vuelven á animarse los despojos  
del divino sonámbulo de Chío.

Por tí exhala en la cumbre del Parnaso  
el pomposo laurel su esencia rica,  
y se baña en las tintas del ocaso  
la zumbadora abeja del Atica.

Por tí Neptuno en carro undisonoro  
rompe la espuma de la mar Egea,  
y surge entre relámpagos de oro  
en su concha de nácar Cíterea.

El genio de la luz, en curso vago,  
acarició tus labios y tu frente,  
como acaricia el sol, con tierno halago,  
los dilatados términos de oriente.

Tú tienes de la madre la ternura,  
de la niña el candor y la inocencia,  
del cristalino arroyo la dulzura,  
del lago azul la hermosa transparencia.

---

Y al rumor de tus versos se conmueve  
cuanto palpita y duerme en los espacios:  
del oculto jardín la brisa leve  
y los astros que brillan cual topacios;

el sér que nace en el caliente nido  
y los sepulcros pálidos y yertos;  
el arpa del poeta entristecido  
y el soplo abrasador de los desiertos.

Tú fuiste como el sol, que el alta cumbre  
hasta en la muerte pinta y tornasola,  
y fue tu voz la que cual viva lumbre  
de sus labios vertió Savonarola.

Y al robosar tu pecho en santa ira  
cayó el error en la tiniebla oscura,  
y surgió la verdad tras la mentira  
como en pos de la noche el alba pura.

Tu espíritu recorre el firmamento  
y el borrascoso mar á un tiempo mismo,  
y con dardos de luz tu pensamiento  
esclarece las sombras del abismo.

Tú robaste al Olimpo su grandeza,  
tú muestras la estatura del gigante,  
tú superas en brillo y gentileza  
las figuras fantásticas del Dante.

En la esplendente forma de tu estilo  
los apóstrofes vibran de Tirteo,  
se ve brotar la inspiración de Esquilo  
y se escucha el dolor de Prometeo.

Tú poblaste los cielos de la historia  
de titanes, de dioses y vestigios:  
¡tú alumbras con los rayos de tu gloria  
la caudalosa fuente de los siglos!

*Nueva York, 1886*





## *Amor de un día*

*Al Víctor Manuel Mago<sup>14</sup>*

¡Cómo se amaban los dos,  
en la inmensidad del mundo,  
al fulgor tierno y fecundo  
de las miradas de Dios!

Ella, dulce y seductora,  
ostentaba en su semblante  
el más nítido cambiante  
de las tintas de la aurora.

Sin duda el dolor impío  
tristes momentos le daba,  
porque á las veces lloraba  
grandes gotas de rocío.

Él era brioso y gentil,  
deslumbrador y altanero,  
más brillante que un lucero,  
y más que el aire, sutil.

Donde quiera se metía  
sin respetar nunca nada,  
y con curiosa mirada  
todo ¡ay! lo descubriría.

Rosa más llena de olores  
y de más fragantes mieles  
no ha nacido en los vergeles  
desde que ellos vierten flores.

Rayo de sol más temible  
no ha descendido del cielo  
á besar con hondo anhelo  
á las flores: ¡imposible!

De mi ventana en la reja  
ví yo lucir una tarde,  
de ventura haciendo alarde,  
á tan festiva pareja.

Escondida, sin mostrar  
su hermosura estaba ella,  
como la esquiva doncella  
en el fondo de su hogar.

Mas la pobre se aburría  
de verse cual la violeta,  
y la mano del poeta  
la dejó mirar el día.

---

¡Qué hermosa tarde! El ambiente  
era todo luz y olores,  
el prado, cercos de flores,  
y azul y grana Occidente.

El céfiro embalsamado  
presto acarició á la rosa,  
y ella exhaló ruborosa  
un suspiro entrecortado.

Y queriendo la hechicera  
mirar al que la besaba,  
de la maceta en que estaba  
sacó medio cuerpo fuera.

Al punto el rayo de sol,  
Tenorio gentil y osado,  
se acercó más colorado  
que el encendido arrebol.

—¡Buenas tardes, señorita!  
no muy luégo dijo el tuno:  
perdone si la importuno,  
¡pero es usted tan bonita!

Jamás han visto mis ojos  
en el universo entero,  
muchacha con más salero,  
ni que me dé más antojos.

Su semblante es un primor  
capaz de encender la guerra:  
¿es usted de aquesta tierra?  
y ella le dijo:— Sí, señor.

—Es usted una mujer  
más que los cielos divina:  
es usted más peregrina  
que la imagen del placer.

Sólo siento, virgen pura,  
que usted no tenga en la vida  
una persona querida  
á quién darle su hermosura.

—No comprendo la razón...  
—Es muy fácil, señorita:  
por usted es que palpita  
de ansiedad mi corazón.

—¿Amarle á usted? ... ¡qué locura!  
al dolor sucumbiría,  
porque usted se olvidaría  
pronto ¡ay! de mi hermosura.

¿A qué encender la que abrasa  
del amor sublime hoguera,  
si ha de ser una quimera  
que brilla un momento, y pasa?

---

Para llorar no he nacido,  
déjeme usted sonreír,  
y nunca, nunca sufrir  
la tristeza del olvido.

—Vamos, míreme usted bien:  
yo mismo soy un tesoro,  
y en barquichuelos de oro  
vivo en eterno vaivén.

En cendales de escarlata  
envuelvo á veces la luna,  
y sonrío en la laguna  
que agita el remo de plata.

Alumbro con mi fulgor  
las tinieblas del abismo,  
y palpito á un tiempo mismo  
en el astro y en la flor.

Matizo la blanca espuma  
del turbulento océano,  
y mi aliento soberano  
orda el iris en la bruma.

En la mente del poeta  
hago arder la inspiración,  
y soy blanda irradiación  
en el nocturno cometa.

Enciendo en oriente el día,  
soy la sonrisa del cielo,  
y en imperceptible vuelo  
baño el mundo en poesía.

De gualda pinto la nube,  
de púrpura el horizonte,  
de verde el altivo monte,  
y de rosado al querube.

Ya usted lo ve, soy hermoso,  
alegre cual la mañana,  
de imaginación lozana  
y de cuerpo luminoso.

Mas teniendo tal poder  
y gloria tan singular,  
yo sólo aspiro á gozar  
del amor de una mujer.

—¿Me quieres? —preguntó ella.

—¡Te adoro! —contestó él.

—¿Y si me olvidas, doncel?

—¡Por Dios que nunca, doncella!

Y en cada chispa de oro  
de mis brillantes reflejos,  
desde allá, desde muy lejos,  
te diré siempre: ¡te adoro!—

---

Al oír esto la rosa  
se inclinó tan dulcemente,  
que el rayo de sol ardiente  
la bañó en su luz hermosa.

Se sintió como el rumor  
de dos suspiros que pasan,  
de dos almas que se abrasan  
en el fuego del amor.

Y de tan sublime exceso  
brotó limpia y luminosa  
una blanca mariposa  
al estallido de un beso.

—¿Te vas ya? —Me voy. ¡Adiós!  
recóge tu lindo broche,  
porque ya viene la noche  
á eclipsarnos á los dos.

—Espera sólo un segundo.  
—¡Imposible! Voy muy lejos:  
á esmaltar con mis reflejos  
el otro extremo del mundo.

—¡Ay, Dios mío, pero allí  
te gustarán otras flores,  
y les dirás tus amores,  
y te olvidarás de mí!

—No puede ser, alma mía,  
porque más regia hermosura  
no besará el aura pura  
á los fulgores del día.

De mi clara huella en pos  
mándame tu dulce aliento,  
que siempre mi pensamiento  
estará contigo. ¡Adiós!—

Dijo, y levantó su vuelo;  
mas la flor quedó tan sola,  
que su espléndida corola  
cayó marchita en el suelo.

Palidieron sus galas,  
dió su postrimer suspiro,  
y el céfiro en raudo giro  
lo desvaneció en sus alas.

*París, 1889*



# *Hojas al viento*

1883-1889

(Caracas-Nueva York- París)







## *Hojas al viento*

1883-1889

(Caracas-Nueva York- París)

### I

Para el alma que surca en raudo vuelo  
la inmensidad. del piélago sombrío,  
y sube, sube al esplendente cielo  
dueña de su inefable poderío,

¡qué dulce es contemplar los virginales  
eternos resplandores de una idea:  
mariposa de luz que en los cristales  
del no surcado mar trémula ondea!

Verla flotar como visión lejana,  
bañarse en sus relámpagos de oro,  
y perseguir su huella soberana  
por el seno del éter insonoro.

## II

Vaporosa, fantástica, indecisa,  
surcabas el azul del firmamento,  
pura como del alba la sonrisa,  
bella como la luz del pensamiento.

Descendiste después en el rocío  
que recoge del sol la luz primera,  
y lloraron los astros del vacío,  
y el mundo vio nacer la primavera.

## III

Los vergeles tienen flores  
y perfumes las violetas,  
inspiración los poetas  
y las estrellas fulgores.  
Cantos, líneas y colores  
tiene el arte peregrino;  
esencias de amor el vino;  
encajes de oro la bruma,  
y murmuradora espuma  
el manantial cristalino.

Y eso, aromas y armonía,  
color, gracias y hermosura,  
son la luz con que fulgura  
la sublime poesía:

---

luz que nace con el día  
vívida é inmaculada,  
y cual eterna alborada  
mundos y prodigios crea,  
en los cielos de la idea  
y en los antros de la nada.

¡Oh eterna luz, cuyo aliento  
es la esencia del amor,  
de la esperanza el fulgor  
y el alma del sentimiento:  
tú, que en tierra y firmamento  
cual vivo sol centelleas,  
y en cataratas de ideas  
brotas de la fantasía,  
oh inefable poesía,  
bendita, bendita seas!

#### IV

Ya vuelven las viajeras golondrinas  
á fabricar su nido en las techumbres,  
y á vestirse de flores las colinas,  
el prado ameno y las erguidas cumbres.

Ya tornan las inquietas mariposas  
á engalanar los plácidos vergeles,  
y á despedir las entreabiertas rosas  
el fresco olor de sus fragantes mieles.

Y á la vívida luz con que tus ojos  
vergüenza dan al esplendor del día,  
vuelve á nacer de lánguidos despojos  
la muerta flor de la esperanza mía.

## V

En el cerebro hirviente del poeta,  
                    la eterna inspiración;  
en el aura sutil que canta y llora,  
los perfumes ardientes de la flor;  
en el fondo del alma, el sentimiento,  
                    y en tus pupilas, Dios.

## VI

A la luz de la mañana,  
y con misterioso vuelo,  
viene un pájaro del cielo  
á posarse en mi ventana.

Cada vez que el alba brilla  
en los pórticos de oriente,  
me despierta dulcemente  
la encantadora avecilla.

Canta, canta con amor,  
y al compás de sus escalas,  
agita las tiernas alas  
el inspirado cantor.

---

¿Será ese pájaro hermoso  
tu pensamiento, alma mía,  
que al primer albor del día  
me despierta cariñoso?

¿Será que cruza los mares  
rápido como un suspiro,  
para buscar el retiro  
donde oculto mis pesares?

No lo sé, mas cuando ufana  
surge el alba en el oriente,  
canta, canta dulcemente  
un pájaro en mi ventana.

## VII

¿Qué es el placer? Espléndida quimera  
que de la tierra entre las sombras nace;  
vive de lo que la rosa en primavera;  
resplandece con rayo peregrino  
un momento nomás... y se deshace.  
¿A qué el placer entonces, si es el vino  
en que el hombre el corazón apura  
la estúpida embriaguez de la amargura?

## VIII

Un cielo azul henchido de fulgores,  
un ameno vergel todo armonía,

mucha luz, mucha esencia, muchas flores,  
y alborozo, y encanto, y poesía.

El aura gime, el manantial murmura,  
cada turpial que canta es una lira,  
la alondra se querella en la espesura,  
y en la orilla del mar la onda espira.

¿Lo recuerdas, oh Luz? Con triste acento  
tu boca angelical me repetía:  
-¡Mi vida sin tu amor fuera un tormento  
más grande que el amor del alma mía!

## IX

Mirad, ya viene el otoño,  
envuelto en nieblas sombrías,  
á poner tedio en el alma  
con su faz descolorida.  
Ya la luz no resplandece,  
ni abrillanta y regocija  
los valles y las praderas  
con su angelical sonrisa.  
Ya los pájaros no entonan  
sus arrulladoras rimas,  
ni pinta el sol en los aires  
sus risueñas perspectivas.  
Ya los árboles desprenden  
de sus ramas amarillas

---

hojas que los vientos barren  
quejumbrosas y marchitas.  
Ya las flores se doblegan  
al impulso de las brisas  
que van soplando inclementes,  
y destempladas, y frías.  
De aquestas húmedas costas  
ya se van las golondrinas,  
para buscar las regiones  
ardientes del Mediodía.  
Y al cruzar por los espacios  
en bandadas fugitivas,  
van diciendo á sus hogares  
la más tierna despedida.  
Y en las ásperas laderas,  
y en las florestas esquivas,  
y en el arenoso cauce  
de la fuente cristalina,  
las auras gimen ansiosas  
con honda melancolía,  
y las aves de la selva  
no cantan sino suspiran.  
Sólo el ciprés de las tumbas  
sus verdes ramas no inclina  
de los cierzos otoñales  
á las heladas caricias.  
Ni son despojos del tiempo  
el jaramago y la ortiga

que arraigan entre las grietas  
de las solitarias ruinas.  
Es por eso que mi alma  
está mustia y pensativa,  
y en vano busca en los aires  
el esplendor de otros climas.  
En vano gime y solloza  
por la luz del Mediodía,  
que están lejos ¡ay! muy lejos  
mis huertos y mis colinas.  
¡Mirad! ya viene el otoño,  
envuelto en nieblas sombrías,  
á poner tedio en el alma  
con su faz descolorida.

## X

¿Las veis, las veis, cubiertas de verdura,  
encendidas en límpidos fulgores,  
besadas por el viento que murmura  
y envueltas en neblinas de colores?

¿Las veis, las veis, cual plácidos retiros  
que alegra el mar con música sonora,  
y el ave arrulla en sus revueltos giros  
á la primer sonrisa de la aurora?

¡Son el florido edén donde mi alma  
se alimenta de amor y poesía;

---

son el hogar que mis angustias calma,  
son las riberas de la patria mía!

## XI

Si eres tú, mujer querida,  
la causa de mi desvelo,  
de mis penas el consuelo  
y el ideal de mi vida;  
si en mi espíritu escondida  
brillas tú cual fresca rosa,  
y cual visión luminosa  
te miro brotar doquiera,  
¿por qué, dime, Primavera,  
me ocultas tu faz hermosa?

Como á la flor el rocío,  
como el céfiro á la espuma,  
como el fulgor á la bruma  
y á las palmeras el río,  
así te busca, bien mío,  
mi cansado pensamiento,  
para aspirar de tu aliento  
los balsámicos olores,  
y olvidar los mis dolores  
con el ritmo de tu acento.

Yo miro tu faz copiada,  
como estrella que fulgura,  
en la fuente que murmura

y en la soberbia cascada;  
en la niebla sonrosada  
que el purpúreo sol colora;  
en la azucena que dora  
con sus reflejos el día,  
y en la eterna poesía  
de los rayos de la aurora.

Y oigo tu divino acento,  
cual música vespertina,  
en la locuaz golondrina  
que sube hasta el firmamento;  
en los ósculos que el viento  
imprime á la azul corola;  
en la fugaz barcarola,  
en el insecto que gira,  
en el céfiro, en la lira,  
en el raudal y en la ola.

Mi mente en ansia secreta  
busca tu casta sonrisa,  
como el soplo de la brisa  
á la cárdena violeta;  
y ágil, voladora, inquieta,  
te persigue el alma mía  
como al viento la armonía,  
como el matiz al celaje,  
como al capullo salvaje  
los esplendores del día.

---

Por tí yo tengo ilusiones,  
por tí mi pecho suspira,  
y suele exhalar mi lira  
risueñas inspiraciones.  
Por tí verten mis canciones,  
en corrientes luminosas,  
perlas, espumas y rosas,  
gemidos, blandas querellas,  
fulguraciones de estrellas  
y enjambres de mariposas.

Mas en silencio, alma mía,  
yo te adoro y te bendigo,  
y de incógnito persigo  
de tu voz la melodía.  
Y en tanto que la alegría  
en tu semblante perdura,  
y ostentas de tu hermosura  
el codiciado tesoro,  
yo en la soledad devoro  
mis ansias y mi amargura.

## XII

Ya brotan en los árboles las hojas,  
ya canta el ruiseñor en la floresta,  
ya los cielos se visten de arreboles,  
ya vuelve á renacer la primavera.  
¡Oh amable juventud, casta sonrisa  
con que saluda al sol naturaleza;

tierno renacimiento de los goces,  
rayo de viva luz que centellea!  
quién pudiera sentir con tus efluvios  
la dulce paz del corazón que sueña!

### XIII

Sobre las desiertas ruinas  
triste crece el jaramago,  
y en el árbol corpulento  
la yedra extiende sus brazos.  
Arraiga el pino en la cumbre  
de los montes escarpados;  
la esbelta palma en la orilla  
del ronco mar solitario;  
la madreSelva en los muros  
ruinosos del camposanto,  
y las plantas trepadoras  
en el templo abandonado.  
La ortiga nace en las quiebras  
de los abruptos peñascos;  
en derredor de las tumbas  
crece el ciprés funerario,  
y en el pestilente cieno  
de los túrbidos pantanos  
donde los pueblos sucumben  
la altiva frente humillando,  
la lisonja vil se ostenta

---

como venenoso árbol,  
y con sus ricos perfumes  
desvanece á los tiranos.

#### XIV

Alas quiere mi ardiente fantasía  
para surcar con palpitante vuelo  
del hondo mar la inmensidad bravía  
y la infinita bóveda del cielo.

Alas para escuchar de las estrellas  
el que elevan á Dios, hinno sonoro,  
al estampar sus luminosas huellas  
sobre inmensas parábolas de oro.

Alas para bañarse en las espumas  
que hierven en el piélago sombrío,  
y acariciar entre lucientes brumas  
á las rosas cubiertas de rocío.

Alas como la errante golondrina  
para escuchar el arpa lisonjera  
en que acompaña su canción divina  
el genio de la dulce primavera.

Alas de luz para beber la esencia  
que el aura esparce en valles y en alcores,  
y oír la misteriosa balbucencia  
de los silfos errantes y las flores.

Alas como la blanca mariposa  
para cruzar el mundo en sesgo giro,  
y perseguir de la zagala hermosa  
la inefable cadencia de un suspiro.

Alas para aspirar en sus antojos  
de tus fragantes labios la ambrosía,  
y recoger en tus divinos ojos  
la luz, la inspiración, ¡la poesía!

## XV

En el jardín nacen flores,  
trina el ave en la pradera,  
y bajan por la ladera  
torrentes murmuradores.  
El cielo vierte esplendores,  
*¡amor!* dicen las cabañas,  
entre juncos y espadañas  
bulle el raudal escondido,  
y hay alborozo en el nido  
y verdura en las montañas.

Estrellas como de nieve  
muestran ya los cafetales,  
y en los húmedos rosales  
se perfuma el aura leve.  
Con vuelo pausado y breve  
la brillante mariposa

sobre las plantas se posa  
como el numen del poeta,  
y alegre, sutil é inquieta  
viene y va de rosa en rosa.

Ya vuelven los claros días  
en que sueños é ilusiones  
abren en los corazones  
la flor de las alegrías.  
Con sus cantos y armonías  
¿se colmarán mis anhelos?  
¿Se acabarán mis desvelos,  
mis ansias y mi amargura,  
al soplo del aura pura  
y al esplendor de los cielos?

## XVI

Oye, Isabel: la rumorosa espuma  
nace en las ondas de la mar bravía;  
la sonrosada y transparente bruma  
en los encajes que la espuma cría;  
el dulce ritmo en el sonoro verso;  
la sonrisa de Dios en la alborada,  
y todo el esplendor del universo  
en el cerco de luz de tu mirada.

Oye, Isabel: cuando tus ojos duermen  
no canta el ave en la arboleda oscura,  
ni fructifica el impalpable germen,

ni se visten los campos de verdura:  
porque tus ojos ¡ay! tus negros ojos,  
focos de inextinguible poesía,  
si dormidos están, causan enojos,  
porque con ellos duerme el claro día.

Oye, Isabel: en tu genial sonrisa  
para todas las penas hay consuelo,  
y en tu serena imagen se divisa  
la esplendorosa claridad del cielo.  
Sonríete, Isabel, porque la aurora,  
si te sonríes tú despierta ufana,  
para arrojar de sí, deslumbradora,  
la mariposa azul de la mañana.

Sonríete, Isabel: despliega el broche  
que forman esos pétalos de fuego,  
no dejes, no, que el ángel de la noche  
nos hunda en la quietud y en el sosiego.  
Déja que hierva el manantial sonoro,  
que se inunden los campos de alegría,  
que el alba suelte el ceñidor de oro  
y se desborde en cánticos el día.

## XVII

Morenita del alma,  
dulce morena,  
más pura que los lirios  
de la floresta;

---

más que las auras  
que vuelan rumorosas  
de madrugada;  
encanto de mis horas,  
*Luz* de mi alma,  
más bella que las tintas  
de la mañana,  
¡con qué alegría  
te contemplan mis ojos,  
prenda querida!

A la pálida sombra  
de los bambúes  
que salpican las claras  
ondas azules,  
vén, ángel mío,  
y acaricia mi frente  
con un suspiro.

Alada mariposa,  
linda serrana,  
entórna tus divinas  
negras pestañas;  
duérme, morena,  
como duermen las aves  
en la arboleda.

A la luz de la tarde,  
junto á la fuente,

y á los rápidos giros  
del aura leve,  
duérme, alma mía,  
y sueña con las flores  
de la campiña.

Cariñosa reclína  
sobre mis hombros  
tu divina cabeza,  
tu lindo rostro;  
y en dulce sueño  
déja que bese ansioso  
tu casto seno.

¿No ves que ya la tarde  
triste se oculta  
y en las ondas serenas  
brilla la luna?  
Duérme, mi vida,  
como duerme en la choza  
la golondrina.

Y en tanto que tú duermas,  
morena mía,  
besaré yo tus labios  
y tus mejillas:  
duérme, sí, duérme,  
que ya brillan los astros  
en el Oriente.

## XVIII

¡Cuánto de sombra en la región vacía!  
¡Cuánta vívida estrella en lontananza!  
Dejadme sonreír... ya muere el día,  
ya se alegra la flor de mi esperanza.

¡Mirad cómo acarician las espumas  
las riberas del lago adormecido!  
¡Oíd cómo se pierde entre las brumas  
de las dolientes ondas el sonido!

Silencio en derredor: la blanca luna  
vierte sus moribundos resplandores,  
y en el diáfano azul de la laguna  
percíbense del aura los rumores.

Silencio y soledad en torno mío:  
la luciérnaga brilla en la espesura;  
en las húmedas hojas; el rocío,  
y en mis brazos tu espléndida hermosura.

Lejos del mundo y en estéril roca.  
do el viento gime plácido y sereno,  
contemplo con amor y en ansia loca  
las palpitantes curvas de tu seno.

—La vida sin tu amor es un tormento—  
exclamas temblorosa y conmovida.  
—Tú eres mi Dios, mi solo pensamiento.

—Y ¿me quieres, mi bien!

—¡Más que á mi vida!

En mis brazos después la blanca frente  
tú reclinas con lánguido embeleso;  
me miras, te sonríes dulcemente,  
y yo sello tus labios con un beso.

Y al trémulo batir de blanda ola,  
y á las caricias del nocturno viento,  
forman nuestras dos almas una sola  
bajo el tendido azul del firmamento.

Después; ... ¡no sé! Tristeza de la vida,  
recuerdos para tí de dulces horas;  
recuerdos de una noche bendecida  
que maldices, mujer, al par que adoras.

## XIX

Se llama *Luz* la niña  
que animaron las Gracias con su aliento:  
inmaculada luz que aquí en el mundo  
es el blanco ideal de mis ensueños.

Alados geniecillos  
le dicen muchas cosas en secreto,  
le llevan los suspiros de mi alma  
y le repiten sin cesar mis versos.

---

Ignoro cuándo y dónde  
nació la hermosa niña á quien deseo,  
si en los diáfanos pétalos de un lirio  
ó en la rosada gruta de los sueños.

Los átomos de oro  
la arrullan con su gárrulo abejeo,  
le brindan las violetas su fragancia  
y la refresca el aura con sus besos.

Tiene la boca dulce  
como el temprano aroma del espliego;  
cada mejilla suya es una aurora  
y son sus ojos fúlgidos y negros.

En cuanto el alba alumbrá  
el pabellón azul del firmamento,  
se sale á discurrir por los collados  
y á deshojar las flores de los huertos.

Recójese la falda  
y emprende su fugaz mariposeo,  
y tras las níveas gasas del corpiño  
se ven temblar las pomas de su seno.

Le ondulan por los hombros  
como raudal hirviente los cabellos,  
se ríe á melodiosas carcajadas  
y se pone á cantar como un jilguero.

Se empapa de rocío,  
arranca los capullos entreabiertos,  
persigue á las ardientes mariposas  
y lo acaricia todo con sus dedos.

Los pájaros la ensalzan  
con la orquesta triunfal de sus gorgoros;  
salúdanla con férvidos repiques  
las campánulas blancas de los huertos;

le alfombran los naranjos  
de perfumados brotes el sendero,  
y en urnas de vistosa pedrería  
le quema cada flor fragante incienso.

Y en tanto que mis ojos  
la siguen en su fácil voltejeo,  
canta, se ríe y á las veces llora,  
ignorando quizás que la contemplo.

De pronto dejo el árbol  
desde donde la miro, y me le acerco;  
pero el rubor se sube á sus mejillas,  
que se le ponen rojas como el fuego.

Y por el césped blando  
la zagala gentil se va corriendo,  
dejándome tan sólo aquí en el alma  
el delicioso encanto del ensueño.

# *Apéndice*





*Gonzalo Picón Febres,  
iniciador del nativismo  
lírico venezolano*

Lubio Cardozo

I

En la Literatura, Gonzalo Picón Febres fue un verdadero creador en el sentido primigenio de este vocablo. En su narrativa –novelas y cuentos–, en sus estudios de crítica literaria y de historiografía humanística, en sus ensayos, en sus investigaciones filológicas, produjo arte y conocimientos siempre novedosos. No escapó a este propósito, a esta aportativa praxis escritural su poesía. En la lírica venezolana él inicia un movimiento poético, aunque en verdad enraizado con Bello y los bellistas, revelador ahora de una nueva estética del verso y de aspectos esenciales de lo autóctono: el nativismo. Impulso ódico desarrollado luego a su completud por Francisco Lazo Martí en su larga y hermosísima composición *Silva criolla* (1901).

El primer poemario de Picón Febres lleva por título el nombre de una flor de las huertas y jardines merideños, *Caléndulas*, publicado en Caracas por la Tipografía de Vapor Guttemberg, en 1893. Recopila en ese opúsculo poemas escritos desde 1886 hasta el año 1893. Aunque constituye un libro heterogéneo en sus búsquedas expresivas artísticas, donde con frecuencia hace concesiones a su momento literario prisionero todavía de un tardío

romanticismo y del parnasismo, no obstante lo más valioso de este texto descansa en sus poemas sometidos a un alto tratamiento del lenguaje lírico para atrapar así en sus estrofas el paisaje y la vida campesina de los Andes merideños; estas composiciones geórgicas elevan el horizonte estético del opúsculo y ellas llevan por títulos: “Renacimiento” (escrito en 1886), “El amanecer” (en 1887), “Sierra nevada” (en 1889), “La mariposa” (en 1889), “Del natural” (en 1890), “Recuerdos” (en 1891), “Acuarela” (en 1892), “Paisaje” (en 1892), “La golondrina”. Aunque ya fuera del paisaje andino habría de incluirse acá “El llanero” (escrito en 1892).

Igual sucede con su segundo poemario, *Claveles encarnados y amarillos*, editado en Curazao por la célebre imprenta de la Librería de A. Bethencourt e hijos, en 1895. Poemas escritos con castiza pulcritud, en cuidadas formas métricas, de variados temas y fábulas. Se aprecia en este libro, tal sucedió en *Caléndulas*, un grupo de composiciones donde hay mayor hondura de pensamiento y la preocupación de exaltar con vocación de autoctonía el paisaje nativo y la vida de los campesinos de los Andes merideños; ha puesto una vez más Picón Febres en este opúsculo los cimientos del nativismo lírico venezolano. He aquí los títulos de esos poemas: “Primaveral”, “A Clorinda (“El tiempo está de gala”)", “A una granada”, “¡Ven!", “Aurora”, “El Ángelus”, “Nupcias”, “Nunca”, “El café”.

## I

Igual como en sus novelas y cuentos, sus libros de crítica literaria y de historia, los poemarios de Picón Febres develan a un agudo conocedor del mester de escribir. En sus dos textos poéticos repárase un buen acabado trabajo en la armazón de los versos, una limpia estructura artesanal de la estrofa, pasión, en fin, por la perfección formal. Polígrafo, cual todos los buenos humanistas del siglo XIX, en su variada obra hay esa constante, el afán de galanura expresiva sostenido por un bien tramado y correcto lenguaje.

Muy diverso el fabulario de sus poemas: los afectos, la historia, leyendas, el paisaje, costumbres rurales, cubren la temática más usual de Picón Febres en los dos poemarios mencionados. Bautizó con nombres de flores esos dos libros, en la flor se funde la belleza per se y la evocación de todo cuanto ella significa en su entorno: el campo, la huerta, los alcores, las montañas; las vegas de los ríos, los jardines. Plano real y presente de lo obvio, lo sublime, lo hermoso, mas particularmente evocativo de otro plano, el del orbe campesino. En la fusión de esos dos planos reposa la clave de las mejores composiciones del bardo merideño. La hechura de belleza a través del lenguaje pero vinculada al orbe eglógico, subjetivada ruralidad en la cual definitivamente entra con sus mejores poemas. Y aunque otras veces se aleja hacia otras preocupaciones argumentales, divergentes, en casi ningún momento de sus mejores versos se sale del lindero del cuadro campestre venezolano.

Gonzalo Picón Febres fue un hombre extremadamente culto. Compartió su profunda erudición literaria con una permanente actividad de investigación y de creación. Perteneció a la primera generación de alumnos de Adolfo Ernest y Rafael Villavicencio, o en otras palabras, bebió de las primigenias aguas del hontanar positivista venezolano. Su condición intelectual y su natural inteligencia le permitieron una racional evolución en el movimiento poético de su tiempo. La mayor significación cultural de la obra escrita de los positivistas del país lo define su descubrimiento de las realidades nacionales, vistas con mirada científica, objetiva, cierta: la naturaleza en general, la biología, la botánica, la zoología, la mineralogía, la hidrología; la historia: documental, constitucional, social; la lingüística, en fin. Tal vez ese acercamiento lírico pero objetivo de Picón Febres al paisaje andino se deba a su formación positivista, ese valor de revelar en la poesía –no un paisaje convencional, libresco, producto de lecturas– el real territorio comarcal afectivo expresado con versos de indiscutible belleza mas también enmarcados en una contemplación exacta de su entorno.

## *EL CAFÉ*

“En la vega, en la cumbre, en la explanada  
luce el café sus límpidos verdores,  
y cubriéndose va de blancas flores  
al sonante bullir de la quebrada.

Roja como la espléndida granada  
y de fragancia henchida y de dulzores,  
a poco ostenta en ramos vividores  
la fruta ya meliflua y sazónada.

Rico néctar después, fragante humea  
en taza azul de porcelana china  
donde el matiz de oro centellea.

Y al ascender a la región divina  
de donde surge el ritmo de la idea,  
conviértese en estrofa peregrina”.

### III

De los fenómenos literarios en la extremidad del siglo XIX y comienzos del XX el nativismo resulta uno de los menos estudiados, se le ha pesquisado poco sobre su índole de movimiento literario, sobre su estilo, sus búsquedas expresivas, su *idearium* o filosofía de vida, su cosmovisión ideológica. Para ubicar el aporte de Picón Febres a esta corriente poética he aquí la cronología de los principales textos:

- 
- 1893: *Caléndulas* de Gonzalo Picón Febres. Sin embargo, ¡atención! la ya mencionada composición titulada “Renacimiento” es de 1886.
- 1895: *Claveles encarnados y amarillos*, de Gonzalo Picón Febres.
- 1896-1911: “Corpus de poemas nativistas”, de Samuel Darío Maldonado, publicados en *El Cojo Ilustrado*.
- 1901: *Silva criolla*, de Francisco Lazo Martí.
- 1912: *Música criolla*, de José Domingo Tejera.
- 1913: *Poemas de sol y soledad*, de Sergio Medina.
- 1913: *Ánfora criolla*, de Udón Pérez.
- 1915: *Poesías originales*, de Emilio Constantino Guerrero. Sus composiciones más significativas van inscritas en la preocupación nativista.
- 1916: *Églogas andinas*, de José Domingo Tejera.
- 1916: *Versos*, de Mercedes de Pérez Freites (Mercedes Guevara de Rojas de Pérez Freites).
- 1927: *Cigarras del trópico*, de Sergio Medina. Poemario nativista muy tardío, en el cual ya se aprecia una retórica del movimiento.

También escribieron poesía nativista en su hora, Pedro R. Buznego Martínez (en *El Cojo Ilustrado*, 1904) y Sisoés Finol.

Como ya se señaló, *ut supra*, en los opúsculos de Picón Febres se pueden distinguir también diversas composiciones no nativistas, algunas poseen un perfil romántico, otras una exuberante construcción parnasiana. Ello no debe extrañar, la lírica nativista va paralela en el tiempo con la modernista y en la primera dos herencias estéticas confluyen, la fuerte carga sentimental de los románticos y su mistificación del paisaje, y de los parnasianos la sensualidad en el tratamiento de algunos temas, el cuidado de las formas, la musicalidad, cierto léxico peculiar. No obstante, con todo este legado, amén de sus talentos creativos, conforman los bardos una ódica nueva, de recio sabor nacional en su momento, cantan la vida rural venezolana: su paisaje agreste, su sociedad, su existencialidad, valga decir, expresan la llamada cultura campesina de ese entonces.

(...)

“Muge la vaca en el establo: el toro  
rebrama sordamente por la vega:  
junto a la huerta el rosental dormita:  
cabe la margen del raudal sonoro  
la humedecida flor sus hojas pliega:  
a la nocturna cita  
acude el rondador enamorado;  
y al par que la doncella  
le aguarda tras las piedras del cercado  
para entablar con él dulce querella,  
asómase la luna al horizonte;  
ilumínanse el prado, el valle, el monte;  
en los alegres corros de la aldea  
la botella de ajenjo se vacía,  
y al son de la guitarra que rasguea

con dócil mano y dejo que alborozas.  
canta a la puerta de la indiana choza  
el payador su tierna poesía.”

(...)

(“*Del natural*”)

Ostentaron en su poesía su amor por Venezuela a través del mundo local, regional, comarcal, su tierra. Encontraron el pequeño universo donde nacieron y en el cual creyeron, vivieron, sufrieron, amaron: el lar nativo sobre la base histórica de la esquina de entresiglos XIX y XX. Lazo Martí a los llanos de Calabozo, Udón Pérez al Zulia, Mercedes de Pérez Freites a los campos de Cantaura en Anzoátegui, Sergio Medina a los valles de Aragua, José Domingo Tejera a la alomada geografía trujillana, Gonzalo Picón Febres a los Andes de Mérida. De todo cuanto se ha dicho debe agregarse, además, algo importante en la óptica de estos bardos, su optimismo, su vitalidad, su alegría de existir allí, transmutado en intensa rítmica y en la sensualidad plástica de sus descripciones. Poetizaron, pues, no sólo el paisaje geográfico de sus respectivas regiones sino también el gozo de vivir.

(...)

Venid, venid al campo, que ya torna  
coronada de luz la primavera,  
y de flores los cármenes exorna,  
y de mullido césped la pradera.  
Venid, que entre fulgores,  
y esencias, y sonrisas, y rumores,  
el insecto fugaz alegre canta,  
reverbera la perla de rocío,  
deliciosa fresca se levanta

de las espumas del angosto río,  
y el chorro de agua trémulo y sonoro  
lamos refleja de esmeralda y oro.”  
(...)

(“*Renacimiento*”)

#### IV

Tanto en la praxis de su vida pública como en su obra intelectual, Venezuela define la gran pasión existencial de Gonzalo Picón Febres. Sus múltiples responsabilidades en cargos administrativos y docentes así también su producción literaria lo corroboran patéticamente. Su narrativa –novelas y cuentos– inscrita en el horizonte del criollismo, su crítica literaria, su historia de la literatura nacional, su historia de las instituciones humanísticas del país, sus versos significan las pruebas evidentes de su emotiva venezolanidad. Sus estrofas nativistas inauguran un movimiento lírico muy fecundo en el acontecer de la poesía venezolana del entresiglos XIX y XX, además de aportar en su momento las composiciones más bellas al paisaje de los Andes venezolanos.

# *Notas*





- 
1. José Gil Fortoul (1861-1943): Historiador, político, escritor y abogado.
  2. Julián del Casal (1863-1893): Poeta y escritor cubano modernista.
  3. Rubén Darío (1867-1916): Poeta nicaragüense, padre del modernismo. Su verdadero nombre era Félix Rubén García Sarmiento.
  4. Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895): Poeta, periodista y escritor mexicano.
  5. Luz: Poco se sabe acerca de ella. Posiblemente fue amiga cercana del autor.
  6. José Velarde (1849-1892): Poeta español.
  7. Manuel Revenga (¿-1926): Músico, y primer director de *El cojo ilustrado*.
  8. Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912): Poeta, historiador, biógrafo, filósofo y político español.
  9. Nicanor Bolet Peraza (1838-1906): Escritor, periodista y político venezolano.
  10. Jacinto Gutiérrez Coll (1835-1901): Poeta y diplomático venezolano. Curiosamente, uno de sus poemas más famosos se titula *Caléndulas*.
  11. Salvador Llamozas (1854-1940): Músico. Fue un niño prodigio, y a los diez años dio su primer concierto en Caracas.
  12. Julio Calcaño (1840-1918): Historiador, periodista y poeta venezolano.
  13. Gaspar Núñez de Arce (1834-1903): Poeta, dramaturgo y periodista español.
  14. Víctor Manuel Mago (¿-1895): Ensayista y abogado venezolano. Perteneció al Centro de Estudios Martianos en Caracas.



## Índice

Preliminar .....	9
Prólogo.....	15
Al desnudo.....	25
La visión blanca .....	29
Historia eterna .....	32
Sierra Nevada .....	35
Agua fuerte .....	39
Acuarela .....	41
La poesía .....	45
Luz .....	54
El tazón roto.....	59
Del natural .....	62
Fidelidad .....	66
Mi tesoro .....	68
Clair de lune.....	70
Batalla de Las Queseras del Medio .....	78
Renacimiento .....	94
Voz divina.....	97
Recuerdos .....	99
La mariposa.....	104
Paisaje.....	106

El amanecer .....	109
Mariposas .....	113
La golondrina .....	115
El llanero .....	116
Indecisión .....	119
Barcarola.....	122
A la sombra de Víctor Hugo .....	124
Amor de un día.....	129
Hojas al viento.....	139
Apéndice .....	161
Notas .....	171



La presente edición de *Caléndulas* de Gónzalo Picón Febres, con un tiraje de 500 ejemplares, se terminó de imprimir en mayo de 2011, en los Talleres Gráficos Universitarios, ULA, Av. Andrés Bello, antiguo Central Azucarero, La Parroquia. Mérida, Venezuela.